

Études Picpucciennes 11

---



## **DISCERNIMIENTO APOSTÓLICO SSCC**

**Disponibles para la acción de Dios**

Alberto Toutin ssc  
Roma, 2021



Études Picpuciennes 11

---

**DISCERNIMIENTO APOSTÓLICO SSCC**  
**Disponibles para la acción de Dios**

Alberto Toutin ssc

Roma, 2021

Traducido del original en francés por Rosa María Ferreiro ssc.

El padre Marie-Joseph Coudrin y  
la madre Henriette Aymer de la Chevalerie,  
asociados a la obra de Dios.

Criterios de discernimiento apostólico  
para una conversión pastoral y misionera.



## INTRODUCCIÓN

Desde el comienzo del siglo XXI, la historia de nuestro mundo ha estado marcada por acontecimientos cuyo impacto estamos todavía sopesando: la pluralidad social y la globalización, el desarrollo técnico que ofrece oportunidades inauditas de comunicación, de curación de las enfermedades. Al tiempo vemos también un aumento del poder de destrucción y de degradación del planeta que nos alberga, la circulación de los capitales financieros y la apertura sin fronteras de los mercados, la necesidad de reglamentaciones que aseguren una justa distribución de los bienes y de unas condiciones dignas del trabajo. Somos ciudadanos cada vez más informados y responsables de su futuro, en tanto que los gobiernos parecen estar cada día más alejados de las preocupaciones reales de la gente.

Todo esto ha tenido un impacto en la vida de la Iglesia que debe afrontar el desafío de construir una comunión real para anunciar la Buena Nueva de Jesús, en un contexto marcado por las dimensiones interculturales e interreligiosas y también por tensiones internas no siempre denotadoras de vitalidad. Además, en lo que respecta a los ministerios en la Iglesia, su teología y su puesta en práctica en las comunidades se ven cuestionadas no sólo por las situaciones de abuso que afectan institucionalmente a la Iglesia, sino también por la consciencia que, como Iglesia, formada por todos los bautizados, hombres y mujeres, debe igualmente tener en sí por el anuncio del Evangelio.

La pandemia ha puesto en evidencia nuestra radical interdependencia y nuestra fragilidad y por ello la necesidad de un esfuerzo coordinado para avanzar hacia un mundo más fraterno y más solidario. Son situaciones que nos abruman como cristianos; esto nos pide un urgente y fino discernimiento para situarnos y aportar caminos de esperanza. Como toda transformación, ésta no ocurre sin dolor ni pérdidas. Ante estos enormes desafíos, los pastores reunidos en Aparecida (Brasil) en 2007 han tomado conciencia de las transformaciones que hay que llevar a cabo en la Iglesia:

“Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza”.<sup>1</sup>

Los acontecimientos mencionados y muchos otros que podrían añadirse, nos han sacudido y nos obligan a cuestionar nuestra forma de vivir como religiosos y también nuestra forma de ser y servir en la Iglesia.

---

<sup>1</sup> Vª Conferencia del Episcopado latino-americano *Aparecida* (2007), 362.



Los últimos Capítulos Generales de los hermanos y hermanas de 2018 han recogido algunos de los desafíos que plantea nuestro mundo; han expresado un profundo deseo que trabaja las mentes en vastos sectores de la Iglesia: el deseo de una profunda conversión pastoral y misionera. La magnitud de tal desafío sólo puede estar bien ajustada, en sus exigencias y posibilidades, si progresamos juntos en nuestro discernimiento con todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo, con los buscadores de Dios de otras religiones, con todos los hombres y mujeres amigos de Dios con los que marchamos por los caminos del mundo de hoy. Nos ponemos a ello con confianza en el Señor Jesús, que no deja de construir su Iglesia, signo visible y eficaz de salvación a través de su diálogo abierto a todos. En este diálogo, Jesús siempre toma la iniciativa por su Espíritu, porque es Él quien puede convertir los corazones y transformar las estructuras de su Iglesia. Pero en esta lógica de diálogo es Él quien toma la iniciativa de ponerse al nivel de los hombres y mujeres; les vuelve así capaces de conversar con Él y admitir que sea Él quien actúe a través de ellos para que el Evangelio sea recibido como respuesta a las expectativas de la humanidad y los gritos de la Creación.

En las circunstancias actuales, en la recepción del Evangelio es donde se verifica en cada uno de nosotros y en la Iglesia su belleza y su fuente de renovación permanente:

“Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En

realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva»” (*Evangelii Gaudium* [EG] 11).

Hemos recibido el Evangelio del que vivimos gracias a una cadena ininterrumpida de testigos que también se han dejado conmover por los acontecimientos de su tiempo; los han escrutado para ver en ellos las interpelaciones de Dios y han sabido transmitir este diálogo de salvación en el tiempo presente. En cuanto a los miembros de la familia religiosa de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, recibimos este Evangelio tal como fue vivido por nuestros fundadores, el padre Marie-Joseph Coudrin y la madre Henriette Aymer. También ellos se han visto sacudidos por la revuelta social y por la crítica a una institución eclesial demasiado complaciente con los monarcas que legitimaban un orden social injusto y alejado de los sufrimientos y de la miseria de las gentes, por el desgarramiento del tejido social y eclesial y por la precariedad de los recursos. Nuestros fundadores, inspirados por el Evangelio manifestado en los Corazones de Jesús y María, supieron encarnar en sus vidas y en nuestra familia religiosa este diálogo de salvación. En el itinerario de sus vidas, en la forma en que se dejaron tocar por los desafíos del mundo y de la Iglesia de su tiempo, podemos encontrar fuentes de inspiración y criterios que nos ayudan a transmitir la acción de Dios para la Iglesia en el mundo de hoy.

En definitiva, la conversión pastoral y misionera de la Iglesia es la respuesta de los hombres y mujeres a una realidad que les perturba, que leen a la luz del Evangelio; se disponen así a que Dios continúe a través de ellos un diálogo de salvación y la obra de realización de su creación. Pierre

Coudrin y Henriette Aymer se han puesto a disposición de la acción de Dios y la han traducido en una forma de vida para nuestra familia religiosa de los Sagrados Corazones. La llaman "la obra de Dios", para significar claramente que, en su discernimiento y elección, sólo buscan seguir los puntos de vista y criterios de Dios en su acción en el mundo.

En este trabajo, presentamos algunas de las principales líneas y criterios que han guiado el discernimiento y las opciones de nuestros fundadores. Su itinerario puede también estimular el caminar de nuestras hermanas y hermanos y de los laicos asociados de la Congregación de los Sagrados Corazones para que el Señor Dios no deje de llamarnos a secundar su obra. En este discernimiento podemos así dar testimonio de que Dios continúa su diálogo de salvación utilizando los caminos de nuestra humanidad y asumiendo la aventura de nuestra libertad. Nuestra presentación está estructurada en seis puntos principales que, por un lado, se desarrollan según la experiencia vivida por cada uno de nuestros fundadores y, por otro, se actualizan para el hoy de la Iglesia en su respuesta a las llamadas de conversión pastoral y misionera.

1. La base espiritual: la inagotable profundidad del amor de Dios manifestado en los Corazones de Jesús y de María.
2. Colaboración con la obra de Dios.
3. El celo por la obra de Dios: ser útil a la Iglesia.
4. La participación en el amor reparador de Cristo.
5. Una familia de hermanos, hermanas y laicos.
6. La felicidad de los peregrinos hacia la patria definitiva.

# I.

## LA BASE ESPIRITUAL

### **La profundidad inagotable del amor de Dios manifestado en los Corazones de Jesús y de María**

“Ya no se sabe lo que significa el *amor del buen Dios*”.<sup>2</sup> Esta expresión describe descarnadamente, el dolor que oprime el corazón del creyente, del pastor, del fundador, el padre Coudrin. En su experiencia, el mismo fundador profundiza a lo largo de toda su vida y de su ministerio en el contenido de este grito, a saber, la inagotable riqueza del amor de Dios, manifestado en los Corazones de Jesús y de María. Esta es la base de su vida espiritual que busca transmitir a los miembros de la naciente congregación. De hecho, las dimensiones de este amor continuarán creciendo a medida que el padre Coudrin y la congregación pasen por pruebas y se consoliden como un cuerpo al servicio de la Iglesia. Ya en 1804, encontramos esta dinámica expresada y desarrollada en su carta a sor Gabriel de la Barre:

“Sí, mi querida hija, vivo sólo para cimentar, si es necesario a un gran precio, la obra del Corazón de este amable Maestro que me colma de sus favores;

---

<sup>2</sup> Marie Joseph Coudrin, “Memoria sobre el título de Celadores dirigido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares” (6 de diciembre de 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 220.

si soy ingrato me sigue amando y siento en mi corazón que me amará siempre, sí, siempre.

Sería inagotable si le escribiera toda la fuerza de su gracia sobre mi alma, toda la extensión de su poder sobre mi interior. Ámale, pues, sin división, y le digo que nada los separará. Sea que nos persigan, sea que nos dejen tranquilos, seamos hijos de la Cruz; que nuestros sentimientos ardan de deseo de la inmolación que exige o permite y todo, sí, todo, irá según su voluntad, que siento y quiero sentir hasta la muerte siempre adorable”.<sup>3</sup>

Ver que este Amor de Dios no es recibido mueve al Buen Padre a participar en los sufrimientos del Corazón de Jesús. De este Corazón saca la certeza de la profundidad del amor de Dios que lo sostiene ante los obstáculos del camino y ante el miedo que asalta su espíritu; considera entonces su vida como un don de sí mismo hasta el sacrificio, si es preciso; todo esto lo vive como una única y permanente respuesta a este amor. Esa es la dinámica de diálogo contenida en el amor inagotable de Dios que lo impulsa a fundar una congregación consagrada a difundir la devoción a los Sagrados Corazones y a reparar las heridas infligidas a los Corazones de Jesús y de María y a los miembros sufrientes del Cuerpo eclesial.

---

<sup>3</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre du Père Coudrin à Sœur Gabriel de la Barre” (Paris, 4 août 1804), LEBP 192 en *Correspondance (1804-1807)*, Vol. 2, Maison Générale, Rome 1995, 72.

En la madre Henriette, la base espiritual toma también la forma del amor de Dios que sale a su encuentro y que se configurará según su personalidad y según los acontecimientos de toda su vida.

Es preciso subrayar la delicada armonía espiritual que existe desde el principio entre el padre Coudrin y la madre Henriette Aymer. Desde sus primeros encuentros en 1794, la predicación del joven sacerdote Coudrin conecta ya profundamente con el proceso espiritual de la señorita Henriette Aymer. Sin miedo puede abrir su corazón a la sabiduría de los consejos del joven padre Coudrin:

"Las predicaciones de nuestro Reverendo Padre la tranquilizaban. Asistía asiduamente y en ellas reconocía sus oraciones. 'No me equivoco, se decía, ya que predica como yo rezo' ".<sup>4</sup>

Los impresionantes acontecimientos vividos por Henriette configuran su vida espiritual y la pondrán en un proceso de conversión, de descentramiento de sí para una vida fundada cada vez más en la unión con Dios. En efecto, el Dios del Amor ha venido a su encuentro durante su estancia en la cárcel de Poitiers (22 de noviembre de 1793 - 11 de septiembre de 1794), y después durante sus primeros pasos en la Sociedad del Sagrado Corazón donde conoce al padre Coudrin. Todo esto la lleva a entender su vida, en adelante, como un sacrificio expiatorio entregado por sus faltas personales y las de los demás: una vida ofrecida al servicio de todos. Al

---

<sup>4</sup> Gabriel de la Barre, "Memorias 1<sup>a</sup> parte" en *Escritos 1802-1829*, Casa General (Hermanas), Roma 2000, 15.

contemplar el Corazón traspasado de Jesús, traducirá en toda su existencia este amor de Dios, por el que es amada, en una especie de voto de crucifixión interior. La madre Henriette expresa el significado profundo de este voto en una nota al padre Coudrin (3 de febrero de 1801); explorará el alcance a lo largo de su vida, especialmente en las pruebas personales o las dificultades en el acompañamiento y la consolidación de la congregación:

“He hecho voto de estar crucificada en todo, es decir que, de corazón, de espíritu, de voluntad, de acción, debo no solo aceptar todas las cruces, todos los sufrimientos, todas las contrariedades que se presenten, sino decir: más aún, Señor... de manera que [en el más pequeño detalle de la vida,] una cosa indiferente en sí misma, si me contraría, no debo rehusarla.

Le he pedido que me envíe todas las penas, todos los sufrimientos de ciertas personas: le he pedido expiar en este mundo o incluso en el otro, lo que ellas tendrían que sufrir en el Purgatorio; he ofrecido mi vida, incluso mi condenación, por su salvación particular y la de todo el mundo”.<sup>5</sup>

De esta "base" brotan las corrientes de vida espiritual de la madre Henriette; corrientes que buscará canalizar para beber ella misma y los miembros de la congregación:

---

<sup>5</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Billete al Buen Padre” (s.l., 3 de febrero de 1801), LEBM 16 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 57.

- Su voto de crucifixión interior es una respuesta a la contemplación del Corazón traspasado de Jesús como símbolo de una vida entregada por amor hasta el final.
- Su experiencia de intimidad con Cristo la asocia particularmente a su amor reparador. Arraigada en este amor toma sobre sí misma, en su propia carne, los sufrimientos y los dolores de todo el mundo, en la tierra y en el purgatorio; lo vive en estrecha comunión con Jesús. Su amor es el que repara y salva. A partir de esta certeza, invita a sus hermanas que atraviesan dificultades en la comunidad a entrar, ellas también, en la intimidad con Cristo.

“Suméjase –escribe a sor Agnès Crouzet-, en la dolorosa y amorosa llaga del Divino Corazón de Jesús; estará al abrigo de las tormentas... Ame y temerá menos”.<sup>6</sup>

- El sentido de la vida, iluminado por la contemplación del Corazón de Cristo, despliega su poder transformador, ofreciéndose día a día como víctima ofrecida por los demás. Esta donación de sí es una forma de configurarse con los sentimientos, actitudes y comportamiento de Jesús que ofrece su vida en rescate por la multitud.

Henriette alimenta este deseo de configurarse cada vez más con el Corazón de Jesús en la adoración eucarística. En estos

---

<sup>6</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Agnès Crouzet” (s.l., s.d.), LEBM 215 en *Correspondencia*, Vol. 2, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 111.



largos momentos de contemplación es donde bebe en la fuente del amor, "al pie del tabernáculo", "al pie de la Cruz".

## **Dimensión mariana de la base espiritual**

En la base de la espiritualidad de nuestros fundadores, se encuentran referencias a la dimensión mariana. Tanto para el padre Coudrin como para la madre Henriette, María está en estrecha relación con su Hijo Jesús. Esto está simbolizado en la unión del Corazón de Jesús y el Corazón de María que forma parte del emblema distintivo bordado en el escapulario o en el hábito religioso. En el padre Coudrin, la dimensión mariana se expresa sobre todo a través de la oración de intercesión de María ante Jesús por la congregación. Apoyarse en la oración de María por nosotros y confiarle sus proyectos lo ha aprendido desde su juventud y en la fe vivida en su familia. Es esta convicción la que el joven estudiante Coudrin escribía a su padre para perseverar en los buenos propósitos que compartían:

“Haced, Señor, Dios de bondad, Monarca de buenos y malos, haced digo, que tengamos la felicidad de no apartarnos nunca, ni un solo instante, de lo que concierne al camino que nos habéis preparado. Esto es lo que os pido por intercesión de una Madre tan eficaz como la que tenéis.”<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à son père Monsieur Abraham Coudrin” (Poitiers, 8 février 1786), LEBP 3 en *Correspondance (1784-1804)*, Vol. 1, Maison Générale, Rome 1994, 22.

En el Buen Padre, la referencia a María y las diferentes devociones que la honran eran una respuesta de gratitud por tantos beneficios recibidos en la congregación por su intercesión. Además, las devociones y fiestas dedicadas a la Virgen María constituyen un bello conjunto litúrgico para disponer a los hermanos y hermanas a cultivar su disponibilidad a la acción de Dios y a reconocer con gratitud tantos signos de su fidelidad. Por esta razón, en su memoria dirigida a la Santa Sede para la aprobación del calendario litúrgico propio de la congregación, el Buen Padre tenía empeño en incluir en él ciertas fiestas marianas que se celebraban en Roma:

“Por una gran devoción hacia la Reina de las vírgenes, a la que debemos tantas cosas, deseamos y encarecidamente rogamos tener como propios también otros oficios que se celebran en Roma en su honor y más en particular la fiesta de la Bienaventurada Virgen María bajo el título de Auxilio de los cristianos”.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Mémoire adressé au Saint Siège pour l’approbation du Propre des Fêtes de la Congrégation” (sl, 29 septembre 1824), LEBP 985 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 39-40. En el *Ceremonial, Reglas, Constituciones y Estatutos de la Congregación*, Impresor Victor André, Troyes 1826, aprobado por la Santa Sede, el 27 de septiembre de 1825 se ve el conjunto de celebraciones marianas que marcan el calendario litúrgico de la congregación: Aparte de la *Salve Regina* y la oración del rosario diario, el rezo también diario de los oficios parvos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María o en lugar de los oficios, el rosario (para los que no saben leer), la oración a la Virgen antes del capítulo de culpa dos veces por semana,

María también aparece asociada a la aventura misionera de la congregación fuera de Francia, cuando la Santa Sede le confía las Islas Sándwich. El cuerpo entero de la congregación es movilizado por este nuevo campo de acción; encomendándose a la intercesión de María, algunos se ponen a disposición para ir a la misión, y todos para apoyarla. Así, cuando el Buen Padre anuncia que tres hermanos se preparan para partir a las Islas Sándwich, pide a toda la congregación que se asocie a esta misión de evangelización bajo la protección de la Virgen María, experta en acoger y compartir la Buena Noticia de la acción de Dios en ella y en torno a ella:

“Cada noche, después de la Salve Regina, se rezará un Ave María con el mismo propósito [para atraer las bendiciones del Cielo sobre la Misión de las Islas

---

pidiendo por su intercesión y sus méritos, ser purificados de toda mancha y el *Sub Tuum* como oración de conclusión, las oraciones a la Virgen en las ceremonias de admisión de los novicios, de profesión religiosa, de la renovación solemne de los votos cada año (el 21 de noviembre), y la devoción al Corazón de María todos los primeros sábados de cada mes, la Purificación de la Virgen (2 de febrero) la Anunciación de la Virgen (25 de marzo), los Siete dolores de la Virgen (viernes de Pasión), la Visitación de la Virgen (2 de julio), Ntra. Señora de la Paz (9 de julio), Ntra. Señora del Monte Carmelo (16 de julio), Ntra. Señora de las Nieves (5 de agosto), la Asunción de la Virgen (15 de agosto), el Sagrado Corazón de María (entonces el domingo de la octava de la Asunción), la Natividad de la Virgen (8 de septiembre), el Santo Nombre de María (domingo de la octava de la Natividad de la Virgen), Nuestra Señora de la Merced (24 de septiembre), el Santo Rosario (1<sup>er</sup> domingo de octubre), la Presentación de la Virgen (21 de noviembre), la Concepción de la Virgen (8 de diciembre) y Navidad (25 de diciembre). Se advierte, pues, que la devoción mariana atraviesa la vida cotidiana y los grandes acontecimientos de la vida de la congregación, dando así forma a la sensibilidad y a la espiritualidad de sus miembros.

Sándwich] y se continuará esta piadosa práctica hasta que recibamos la noticia de que nuestros misioneros han llegado a las islas que deben evangelizar”.<sup>9</sup>

Por su parte, la base espiritual de la madre Henriette también descansa en la contemplación del Corazón de María. Su relación con María está marcada por este amor de predilección, esta discreta iniciativa de María que se ha unido al itinerario de Henriette y le ha manifestado su amor. Al mismo tiempo, en Henriette, persiste un sentimiento de indignidad y humildad ante un amor tan gratuito de María hacia ella. Esta indignidad a veces incluso la lleva a una cierta desconfianza en esta iniciativa de amor. En efecto, Henriette se pregunta si esta profusión de amor no viene más bien del diablo. Sin embargo, en el crisol de la adoración eucarística, de la contemplación del Corazón traspasado de Jesús y de una vida de servicio, Henriette purificará esta visión de sí misma, discernirá las diferentes mociones que trabajan en su interior para consentir cada vez más en dejarse amar gratuitamente y superabundantemente por Dios. La contemplación del Corazón obediente de María la dispondrá a ello. En esta purificación interior, como María, la bienaventurada por ser amada por Dios en su humildad e indignidad, Henriette encontrará la fuerza para acompañar a sus hermanas que atraviesan dificultades en su respuesta al amor irrevocable de Dios manifestado en el Corazón de Jesús:

---

<sup>9</sup> Marie-Joseph Coudrin “Lettre circulaire annonçant l’ouverture de la mission aux îles Sandwich” (Picpus, 8 septembre 1826), LEBP 1152 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 283.

“Procure calmarse y crea de verdad que su asilo no puede estar fuera del Divino Corazón de Jesús. Usted es irrevocablemente suya; Él no permitirá que usted rompa las cadenas que solamente su gracia le ha comprometido a llevar. Recupere el valor, póngase en manos de la Santísima Virgen y volverá a encontrar la paz, esta paz con Dios única felicidad verdadera, la paz con usted misma, la paz con el prójimo, ese prójimo que la ama, a quien usted quiere a pesar de las contrariedades que conlleva su situación”.<sup>10</sup>

Cuando Henriette invita a las hermanas a confiar en María, les muestra el camino que ella misma ha recorrido, es decir, descubrir en los sentimientos de pequeñez e indignidad una fuente inagotable de felicidad. Es una alegría especial a descubrir en las contrariedades y sentimientos de impotencia que, a menudo, sienten dentro de ellas. En resumen, es disponerse a aceptar y a dejarse amar por Dios, a pesar de todo.

---

<sup>10</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a una hermana de una casa de provincia” (s.l., 30 de julio de 1824), LEBM 1223 en *Correspondencia*, Vol. 6, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 220.

## II.

### COLABORACIÓN CON LA OBRA DE DIOS

El padre Coudrin y la madre Henriette saben que sus vidas están en manos de Dios y que todo lo que emprendan será, sobre todo, el fruto de la acogida de la iniciativa de Dios en sus vidas. Esta primacía de la gracia y de la iniciativa providencial de Dios configura en ellos la comprensión teológica de la congregación como "la obra de Dios". En su carta circular del 14 de abril de 1817, el padre Coudrin anuncia a los hermanos y hermanas la aprobación de la congregación como un signo más de la acción providencial de Dios que la ha conducido desde sus orígenes y que se convierte así en una clave de lectura de la historia futura.

“Ya saben, muy amados hermanos y muy queridas hermanas, que nuestro Instituto, en particular, ha comenzado en el tiempo en que la sangre de los servidores de Dios corría sobre los patíbulos y contamos ya veintitrés años de existencia. Han sido necesarios prodigios de la bondad divina para sostenernos en medio de las tormentas. El Señor no ha cesado de hacer resplandecer sobre nosotros los milagros de su providencia; nos ha llevado de la mano. Cada día hemos recibido pruebas de su protección todopoderosa. Hemos sido preservados durante el reinado del Terror. La persecución del Directorio no ha podido alcanzarnos y durante los catorce años del gobierno de opresión, ayudados por el favor del cielo,

hemos podido sustraer a una policía astuta y perversa el conocimiento de nuestro Instituto y sobre todo las relaciones entre nuestros diversos establecimientos”.<sup>11</sup>

De esta comprensión se derivan por tanto tres formas específicas de cooperación de los fundadores con la obra de Dios: primero el discernimiento de esta obra de Dios en los acontecimientos sociales y eclesiales, seguidamente su disponibilidad y entrega a esta obra, finalmente la pasión por secundarla. Veamos ahora cada uno de estos aspectos.

### **Discernimiento de la obra de Dios**

Cuanto más crece la confianza entre la madre Henriette y el padre Coudrin, más comparten las responsabilidades con respecto a la nueva comunidad; se ayudan mutuamente en el discernimiento de lo que Dios hace en ellos. Así, la madre Henriette comunica al padre Coudrin lo que ha visto y reflexionado “*ante Dios*” acerca de la congregación todavía en estado embrionario:

“No puedo explicar todo lo que el buen Dios me ha dado a conocer respecto a la devoción a su divino Corazón; todo lo que puedo decir es que Él ha dado a conocer esta devoción por medio de las Damas de la Visitación en un momento desafortunado para la

---

<sup>11</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre circulaire aux frères et aux sœurs de la congrégation annonçant l’approbation de la Congrégation et de ses premières Constitutions par le Saint-Siège” (Paris, 14 avril 1817) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 23, Rome 1960, 176.

religión a causa de las herejías y del desorden general. Los hombres no han correspondido a este primer favor; Él le elige de nuevo a usted para crear una nueva Orden que se consagre, una parte a dar a conocer y extender el reinado de Dios en los corazones por medio de la devoción a los sufrimientos del suyo; la otra parte está destinada a adorar, a reparar en lo posible los ultrajes que ha recibido y recibe, por una vida de inmolación y de sacrificio. Esta orden se establecerá, aunque experimentemos algunas persecuciones: está en los designios de Dios”.<sup>12</sup>

Las reflexiones de la madre Henriette sobre la congregación constituyen una especie de confirmación en la oración de lo que el padre Coudrin ha intuido en la visión de la Motte (segunda mitad de septiembre de 1792). En el corazón de la historia con sus altibajos y sus promesas, descubren y maduran en la oración ante el Señor que ambos deben estar al servicio de la propagación del amor de Dios que brota de los Corazones de Jesús y María. Este objetivo común Henriette lo enriquece con una doble dimensión que proviene de su relación personal con el Señor, de su discernimiento y su oración al pie del tabernáculo: primero, la propagación del Reino de Dios en los corazones por de la devoción a los sufrimientos del Corazón de Jesús cuyo amor no es acogido, después una vida de reparación por los ultrajes infligidos a ese Corazón por una vida de inmolación y sacrificio. Estos

---

<sup>12</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Billete al Buen Padre” (Mende, 7 de enero de 1803), LEBM 109 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 234-235.



dos caminos revelan, por una parte, la finura interior de la madre Henriette al configurarse finalmente al Corazón de Jesús y, por otra parte, su ingenio pedagógico, siempre deseoso de traducir sus intuiciones espirituales en un proceso viable para los miembros de la familia en formación.

### **Disponibilidad para la obra de Dios**

La actitud de disponibilidad y de abandono activo a la acción de Dios se convierte en una línea maestra que estructura la vida espiritual de los fundadores y ofrece una clave de lectura de los acontecimientos de su historia personal, así como de los de la congregación y de la Iglesia. Así, para el padre Coudrin, ya se trate de los recién llegados que se incorporan a la congregación, de las innumerables llamadas de las iglesias locales e incluso de la Santa Sede para ampliar nuestro campo misionero, de las dificultades encontradas para implantar la congregación, de las carencias de sus miembros, hasta del sentimiento de impotencia que abrumba al fundador ante la inmensidad de la tarea recibida, todo ello es objeto de una maduración ante Dios. Para su gran sorpresa y a pesar de todo, Pierre Coudrin percibe que Dios cuenta con él y con la naciente congregación para continuar su obra. El crisol donde Pierre evalúa los acontecimientos a la luz de la acción de Dios, donde busca configurarse con sus criterios y forjar las herramientas espirituales que quiere proporcionar a sus hermanos y hermanas, es la adoración eucarística. A los pies de Jesús-Eucaristía y a la escucha de su Corazón, se encuentra la escuela de formación por excelencia a la que Pierre Coudrin exhorta sin descanso a que

vayan sus hijos e hijas de la Cruz. Esto es lo que escribié en 1804 a las hermanas de Cahors.

“Mi familia es mi única preocupación. La necesidad de darla a conocer me ocupa día y noche pero todavía no he podido encontrar la manera de conseguirlo [...] Esperemos todo de lo Alto, seamos todos según el corazón de Dios y toda dificultad se allanará”.<sup>13</sup>

Por su parte, la madre Henriette se esfuerza por la consolidación de la congregación, siempre atenta a la calidad de las relaciones interpersonales y a la vida de oración; saca su fuerza de la certeza de que es Dios quien la sostiene y conduce igualmente la congregación, su obra. A través de una bella imagen reitera una vez más al padre Coudrin su alegría y gratitud por ver que ambos están subordinados y disponibles para la obra de Dios en la congregación.

“Le agradezco mil veces sus amables palabras: me hacen soportar la vida. Estoy preocupada por su salud, deme noticias, por favor, tenga piedad de la más miserable de sus hijas. Pienso como usted, mi buen Padre, que estamos sostenidas por un hilo, pero este hilo está reforzado por un cable: esperemos siempre”.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Marie-Joseph Coudrin “Lettre aux sœurs de Cahors” (Paris, 13 mai 1804), LEBP 170 en *Correspondance (1804-1807)*, Vol. 2, Maison Générale, Rome 1995, 22.

<sup>14</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta al padre Marie-Joseph Coudrin” (s.l., 20 de marzo 1822), LEBM 930 en *Correspondencia*, Vol. 5, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 162.

## Pasión por secundar la obra de Dios

Para hacerse útil a las iglesias particulares de Francia y para el bien de la congregación, el padre Coudrin ha asumido rápidamente altas responsabilidades, sobre todo como vicario general (Mende, Sées, Tours, Troyes, Rouen). Estos diversos servicios lo han alejado durante años de un seguimiento cercano de la marcha de la congregación; sufría por ello. Sin embargo, sin dudarlo, confía en la sabiduría espiritual y en la capacidad de gobierno de la madre Henriette. En el apoyo constante e incondicional de la madre Henriette, Pierre reconoce un signo de la Providencia divina. Por otra parte, los nombres dados por el padre Coudrin a la madre Henriette dicen mucho sobre esta apreciación: *“Pequeña Paz”*, *“Gran Consejo”* y *“Buena Madre”*. El padre Coudrin considera que la vida entera de la madre Henriette, todo lo que ella emprende para hacer que la pequeña familia religiosa sea útil a la Iglesia, es del orden de *“un milagro habitual”*.<sup>15</sup>

Dicho esto, a medida que el padre Coudrin ve debilitarse sus fuerzas, crece más fuertemente en él el deseo de consagrar los años que le queden a acompañar más de cerca, siempre con la madre Henriette, al conjunto de la congregación. Después de tantos años al servicio de las iglesias locales, desea volver a la casa madre, a Picpus. Así escribe a la madre Henriette:

---

<sup>15</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Isidore David” (s.l., 24 juin 1805), LEBP 226 en *Correspondance (1804-1807)*, Vol. 2, Maison Générale, Rome 1995, 147.

“La carga me parece muy pesada y veo bien y siento todavía mejor que los honores no me hacen feliz... ¿Cuándo volveré a mi pobre habitación del número 11? Llámame allí, Buena Madre, porque ahí es donde debería estar, en lugar de arriesgar mi salvación en una situación en la que no podré hacer nada por la obra sin un milagro”.<sup>16</sup>

Esta pasión con la que el padre Coudrin busca ponerse a disposición de las necesidades de la Iglesia y su firme resolución de secundar la obra de Dios constituyen uno de los grandes aspectos que quiere transmitir, como signos distintivos, a los miembros de la congregación de los Sagrados Corazones para contribuir así a la misión de la Iglesia.

Este don del Espíritu, del que vivía el padre Coudrin, es el que ha llegado hasta nosotros y que aún actúa hoy en los distintos frentes de acción de la congregación: parroquias, escuelas, formación de laicos, proyectos de promoción humana. Presentes en más de 33 países, caminando con el pueblo de Dios, los miembros de la congregación, hermanos, hermanas y laicos asociados, buscan colaborar con la acción de Dios que nos precede, apoyan las iniciativas de la Iglesia y más allá de ella, iniciativas en favor de una humanidad reconciliada y más fraterna. En el capítulo I, común a las hermanas y hermanos, de las Constituciones de la congregación aprobadas por la Santa Sede en 1990, esta con-

---

<sup>16</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Mère Henriette Aymer” (Archevêché de Rouen, fin décembre 1826), LEBP 1191 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 336.

sagración a la obra de Dios se expresa en términos de diálogo evangelizador y de disponibilidad a las necesidades y llamadas de la Iglesia y del mundo, proporcionando también criterios de colaboración con la iniciativa de Dios:

“La Evangelización es una exigencia de nuestra misión que nos introduce en el dinamismo interior del Amor de Cristo por su Padre y por el mundo, especialmente por los pobres, los afligidos, los marginados y los que no conocen la Buena Noticia.

Para que el Reino de Dios se haga presente, buscamos la transformación del corazón humano y procuramos ser agentes de comunión en el mundo. En solidaridad con los pobres trabajamos por una sociedad justa y reconciliada.

La disponibilidad para las necesidades y urgencias de la Iglesia, discernidas a la luz del Espíritu, así como la capacidad de adaptación a las circunstancias y acontecimientos, son rasgos heredados de nuestros fundadores.

El espíritu misionero nos hace libres y disponibles para ejercer nuestro ministerio apostólico allá donde seamos enviados a llevar y acoger la Buena Noticia”.<sup>17</sup>

Esta dimensión, fundamentalmente evangelizadora de la consagración a los Sagrados Corazones, está también en línea con una de las mayores intuiciones de la llamada del papa Francisco a una transformación misionera de una Iglesia-

---

<sup>17</sup> *Constituciones* 6.

en-salida que va al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esta llamada hunde sus raíces en la consagración bautismal como en la vocación religiosa; de hecho esta llamada concierne a todos los miembros de la Iglesia, discípula y misionera: Discípula, porque ha sido captada por Cristo, por su Palabra y por el testimonio de los y las que lo viven; de entrada, este encuentro con Jesús vivo es del orden de una amistad, de una "intimidad itinerante" (EG, 23) que tiene necesidad de ser cultivada en la oración, en la escucha de la Palabra, en la vida sacramental y en una vida comunitaria fraterna; en estos momentos de encuentro es donde verdaderamente profundizamos en la alegría de haber conocido al Señor. *Misionera*, porque esta alegría, por su propia naturaleza es expansiva, quiere ser comunicada, compartida. La misión de la Iglesia es comunicar por atracción la alegría del encuentro con Jesús y su Evangelio; se actualiza en cada bautizado, en cada consagrado hasta constituir una nueva identidad para nosotros. "Yo soy una misión" (EG, 273).

Cuando los discípulos de Jesús se ponen cara a cara, al alcance de cada persona y frente a las exigencias de la realidad, entonces todos los que entran en este diálogo descubren la fuerza del Evangelio: el Espíritu del Resucitado actúa a través de los discípulos-misioneros:

"Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere,

cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria.

Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca” (EG, 279).

En el orden cristiano, la consagración bautismal y religiosa no existe sin una participación en la tarea evangelizadora de la Iglesia. El carácter mismo del encuentro con Jesús como Buena Noticia nos lleva a ello y nos hace vibrar.

### III.

## EL CELO POR LA OBRA DE DIOS: SER ÚTILES A LA IGLESIA

### Celadores y Adoradores

La inagotable profundidad del amor de Dios, que brota de los Corazones de Jesús y de María se manifiesta y profundiza en la experiencia espiritual de los fundadores como celo, ardor, fuego, deseo intenso de consagrarse a propagar este amor.

Esta línea maestra de su vida espiritual era tan estructurante que quieren que los miembros de la congregación sean conocidos por el nombre de **celadores y adoradores**.

En su *Memoria* de presentación de la congregación a la Santa Sede, el padre Coudrin desarrolla la riqueza contenida en los nombres de los celadores y adoradores.

“Si uno se penetra realmente de la ternura del Corazón de Jesús por la salvación de los hombres, ¿puede dejar de inflamarse en celo por responder al amor de tan buen Maestro? Si se piensa en el cariño maternal del Corazón de María hacia los hombres, hechos hijos suyos en la persona de san Juan ¿podría



uno no sentir su alma abrasada en santo *celo* para honrar a la Virgen de las vírgenes?”.<sup>18</sup>

“Bajo este título de *Celador* hemos soportado con alegría más de veinte años de persecuciones y de inquietudes. Es nuestro consuelo; nuestra felicidad y, me atrevería a decir, nuestra fuerza y nuestro apoyo. ¿Por qué nos obligarían a suprimir en tiempo de calma un nombre que nos ha mantenido en la tempestad?”.<sup>19</sup>

“Pienso que la denominación de *adoradores* y *adoratrices* perpetuas del Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar no puede tener la mejor dificultad. Explica de una manera especial tanto nuestra consagración al Corazón de Jesús como el homenaje que se le rinde día y noche en el Sacramento de la Eucaristía para reparar la ingratitud y malicia de los hombres”.<sup>20</sup>

Estos nombres de adoradores y celadores contienen todo un programa de vida: configuran la identidad y la misión de todo el cuerpo de la congregación.

---

<sup>18</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Mémoire sur le titre des Zélateurs, adressé à la Sacrée Congrégation des Évêques et Réguliers” (6 décembre 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 221.

<sup>19</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Mémoire sur le titre des Zélateurs, adressé à la Sacrée Congrégation des Évêques et Réguliers” (6 décembre 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 223.

<sup>20</sup> Marie Joseph Coudrin, “Mémoire sur le titre d’Adorateurs, adressé à la Sacrée Congrégation des Évêques et Réguliers” (27 décembre 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 224-225.

## Ser útiles a la Iglesia

Este celo inflamado por el amor de Jesús y María conduce, en primer lugar, a una pertenencia más profunda al Cuerpo de la Iglesia. Este celo, por su dinámica, suscita una gran disponibilidad a las necesidades de la Iglesia reconocidas y discernidas en las llamadas de sus pastores o en lo que los fundadores perciben en el pueblo de Dios como debilidad y pobreza en relación a una vida con sabor a Evangelio. Así nuestros fundadores han sabido traducir el celo por la obra de Dios en la Iglesia a través de una variedad de servicios: educación, misiones parroquiales, formación del clero, cuidado de las personas de edad, misión *ad gentes*, etc.

En definitiva, este celo se convierte, entre los hermanos y hermanas de la congregación, en un impulso para hacerse útiles a la misión de la Iglesia.

Este celo suscita también en el padre Coudrin una gran libertad y una audacia para el anuncio del Evangelio. Esto se manifiesta desde los primeros años de su ministerio clandestino entre 1792 y 1800, en Coussay-les-Bois, en la Motte d'Usseau y en Poitiers y sus alrededores (Montbernage).<sup>21</sup> Apoyado en una red de fieles cristianos y de sacerdotes valientes, el joven padre Coudrin se dedica, corriendo riesgos

---

<sup>21</sup> Théophile de Coursac *Le Faubourg Montbernage au point de vue religieux pendant la Révolution Française*, 3<sup>ème</sup> édition (revue et corrigée). Henri Oudin, Libraire-Éditeur, Poitiers 1859, y algunos de sus extractos en *Copia Publica* 1219, con las precisiones de Marie-Joseph-Louis-Amadée, Marquis de Roux, *Copia Publica* 1170 y de Dom Pierre de Monsabert, OSB *Copia Publica* 1256.

y peligros, a la animación de la fe de las comunidades cristianas, también perseguidas, y a la administración de los sacramentos a los enfermos y a los moribundos. Más allá de esta red se siente sostenido en su ministerio por la certeza de la presencia de Jesús que no abandona a su Iglesia.

Esta certeza se expresa y se alimenta a la vez con un doble gesto simbólico. Por una parte, lleva siempre consigo el Santísimo Sacramento porque es realmente por amor a Él y como Él, por lo que corre los riesgos del Evangelio. Y, por otra parte, entre los diferentes disfraces para poder ejercer su ministerio en tiempo de persecución, toma la vestimenta de los indigentes del Hospital de los Incurables de Poitiers y adopta el apodo de uno de ellos, “Andatierra” (“Marche-à-terre”). Más que un disfraz, Pierre revela así su misión y de qué lado se sitúa en la sociedad de su época. En efecto, con este nombre y asumiendo la ropa del pobre, se identifica con Cristo pobre que actúa así a través de él.

Para algunos, esta audacia en nombre del Evangelio es la expresión de una fe activa en Cristo que no abandona a su Iglesia, de un pastor que en su nombre cuida de su rebaño. Pero otros consideran que esta audacia es una imprudencia pastoral, incluso una postura intransigente del padre Coudrin: “*este imbécil de Jérôme*” (reproches de algunos sacerdotes de Poitiers), un hombre “*con un comportamiento incomprensible*” (escribe el clérigo Lemercier, cura de la parroquia Sainte Marguerite de París), marcado por una “*mente cerrada y estrecha*” (informa Chateaubriand, embajador de Francia en Roma, durante la participación del Buen Padre en el cónclave en el que será elegido el papa Pío VIII).

La madre Henriette también vive este celo como una respuesta al amor por el que se sabe amada por Dios. Un amor que contempla y acoge sobre todo en la adoración eucarística, sacramento del Corazón de Cristo y de su entrega hasta el final. En la adoración eucarística, sacramento del Corazón traspasado de Cristo, se hace disponible al amor de Jesús para que ame a sus hermanas a través de su corazón:

“Sí, mis buenas hermanas, soy por entero de cada una, deseo su felicidad y todos los consuelos que solamente se encuentran al pie de la Cruz. ¡Ah! ¡Entre-  
mos, más que nunca, en el doloroso martirio que es el consuelo de las almas que siguen al Esposo!”.<sup>22</sup>

Su fuerte piedad no busca atenuar las dificultades o limar sus asperezas, sino mirarlas desde una perspectiva nueva, pascual: Es un consuelo inseparable que hay que descubrir en la prueba del «doloroso martirio». Así, en la madre Henriette el amor ardiente de Dios se arraiga en una confianza inquebrantable en la Providencia de Dios; lleva sobre sus hombros la carga, a menudo muy pesada, del gobierno y de la marcha cotidiana de las comunidades. Aunque es consciente de encontrarse ordinariamente falta de recursos y medios, está asistida por la certeza de que Dios no abandona su obra. Lejos de hacerla caer en una especie de quietismo o pasividad, esta confianza le hace seguir adelante y afrontar con entusiasmo y lucidez los obstáculos que surgen en el camino. Con esta convicción anima a los hermanos

---

<sup>22</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Ludovine de la Marsonnière” (Mende, octubre de 1803), LEBM 147 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermandades), Roma 2015, 312-313.

y hermanas en la vida de su comunidad local o en sus diversos ministerios. Este es el lema con el que no cesa de exhortar a las comunidades y del que vive ella misma:

"Todo por Dios, todo según Dios, todo debería comenzar, al menos todo debería terminar por ahí".<sup>23</sup>

En resumen, el celo no es más que la respuesta a un deseo de configurar toda su existencia con los sentimientos, actitudes y opciones del Corazón de Jesús. Esta intuición espiritual, tan intensa en el padre Coudrin como en la madre Henriette Aymer, se convierte entonces en una fuente de inspiración y en un horizonte para los diversos frentes pastorales en los que ellos y su familia religiosa se comprometen. Es el fin de la congregación que consiste en "reproducir las cuatro edades de nuestro Señor Jesucristo", a través de la consagración religiosa y el ejercicio de los diferentes ministerios y servicios pastorales:

"Rememorar la *infancia* [de Cristo] por la educación gratuita de niños y niñas pobres y formando jóvenes para el sacerdocio; *la vida oculta* reparando por la adoración perpetua del Santísimo Sacramento los ultrajes hechos a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María; *la vida apostólica* por la predicación del Evangelio y por las sagradas misiones; fi-

---

<sup>23</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, "Carta a sor Adrienne de Bocquency" (s.l., 10 de enero de 1816), LEBM 498 en *Correspondencia*, Vol. 3, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 193.

nalmente la *vida crucificada* practicando ellos mismos la mortificación de la carne y del espíritu, en cuanto lo permite la debilidad humana”.<sup>24</sup>

El gesto elocuente que vale más que mil palabras es la apertura de una comunidad mediante un acto fundador simbólico: el comienzo de la adoración eucarística así como la acogida de clases gratuitas para los niños pobres en las casas de la congregación.<sup>25</sup> Adoración eucarística y atención a los pobres es el modo concreto de manifestar la obra de Dios, reproduciendo la vida y el ministerio de Jesús y siendo útiles a la Iglesia.

---

<sup>24</sup> “Supplique du Père Coudrin et de la Mère Henriette Aymer au Pape Pie VII” (25 octobre 1814) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Rome 1963, 190.

<sup>25</sup> Cf. Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Gabriel de la Barre” (s.l., finales de junio de 1824), LEBM 1216 en *Correspondencia*, Vol. 6, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 210.

## IV.

### LA PARTICIPACIÓN EN EL AMOR REPARADOR DE CRISTO

“Ya no se sabe lo que significa *el amor del Buen Dios*”, lamenta amargamente el padre Coudrin en su diagnóstico de la salud espiritual de la vida cristiana en Francia después de la Revolución Francesa. Esta última ha derribado la jerarquía de valores que regulaban la vida en la sociedad y en la Iglesia y ha introducido otra: "humanidad" y "filantropía" que sustituyen a la "caridad cristiana"; del mismo modo, "el respeto al Ser Supremo" sustituye al "amor al Buen Dios". Esta nueva jerarquía de valores refleja y también trae consigo una profunda crítica de las formas de convivencia, marcada por la división en "tres estados separados" (= Nobleza, Clero, Tercer Estado). Dos de estos grupos elitistas y altamente compartimentados disfrutaban de privilegios en detrimento del Tercer Estado (la mayor parte de la población), que estaba sometido a trabajos y cargas pesadas. La Iglesia, como institución, aparecía legitimando este orden, con la ideología del origen del derecho divino de la monarquía. En esta alianza entre la Monarquía y la Iglesia, el malestar y la crítica contra una implicaba también la crítica y el cuestionamiento de la otra y viceversa. El nacimiento de este nuevo orden social que encarna una nueva jerarquía de valores no se ha producido sin desgarros, resistencias y tensiones. Estas profundas transformaciones sociales en curso, tienen

un fuerte impacto en la vida de la Iglesia. Ésta no sólo debe encontrarse ahí, sino sobre todo recrear la alianza con una sociedad profundamente transformada; es necesario rehar el tejido eclesial; la Iglesia misma está desgarrada por tensiones internas y desorientada por los extravíos de muchos de sus pastores. Por eso la misión de la congregación, también ella incipiente, debe tener, según la visión del padre Coudrin y de la madre Henriette, una dimensión eminentemente reparadora. En la contemplación del Corazón traspasado de Jesús y del Corazón de María al pie de la Cruz, nuestros fundadores sienten en sí mismos el dolor del amor de Cristo, siempre en busca de hombres y mujeres libres para responder a él, a riesgo de que no lo acojan. Los desgarros y las tensiones existentes entre los miembros del Cuerpo eclesial de Cristo pesan intensamente sobre su experiencia de fe. Desean que los miembros de la congregación entren cada vez más en los sentimientos que tienen los corazones de Jesús y de María hacia el pueblo de Dios; arraigados en este Amor, se van a situar en las fracturas que atraviesan el Cuerpo de la Iglesia y debilitan los lazos sociales. Dicho de otro modo, los miembros de la congregación están llamados a situarse allí donde los hombres se han alejado del amor de Dios para que, por su presencia y su ministerio, testimonien ante ellos el amor reparador de Cristo.

La impronta reparadora de la congregación les asigna un lugar en la Iglesia y en la sociedad. Esta es precisamente, según el padre Coudrin, la brecha eclesial y social, a la que remite el título de “celadores” y “adoradores” del amor de Dios:



“Deseando llamar a los hombres a la confianza y al amor de Jesucristo, entregados por nuestros votos a esta buena obra, hemos debido tomar la denominación Celadores/Celadoras que por sí misma pueda despertar los espíritus y conducirlos a tener mejores sentimientos, que pueda hacerles comprender que deben abrir sus corazones a una llama divina y levantar por fin hacia el cielo los ojos demasiado tiempo vueltos hacia la tierra”.<sup>26</sup>

Por su parte, la madre Henriette, en su servicio como superiora para formar, acompañar y animar la vida de los hermanos y de las hermanas, unifica todas estas dimensiones en una mística de configuración con el amor reparador de Cristo. En concreto, esta mística se traduce, por un lado, en una participación cada vez mayor en las actitudes, sentimientos y decisiones de Jesús que lo han llevado a la Cruz; por otro, con una sabiduría práctica que consiste en vivir toda la vida como una ofrenda al Señor en el servicio concreto a los hermanos y a las hermanas, en la atención a las necesidades de la Iglesia. La adoración eucarística, en particular, hace entrar a Henriette cada vez más profundamente en la manera en que el Señor se ha entregado por ella y se entrega también por todos, asociándonos a ella como víctimas; siguiendo el amor reparador de Jesús, toma sobre sí los sufrimientos de aquellos y aquellas a quienes el Señor

---

<sup>26</sup>Marie-Joseph Coudrin, “Mémoire sur le titre des Zélateurs, adressé à la Sacrée Congrégation des Évêques et Réguliers ” (6 décembre 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 220.

ama. Sus mortificaciones corporales son a la vez un recordatorio y una expresión de la participación, en su carne, en las heridas del Corazón de Jesús y en los sufrimientos de sus miembros, en el Cuerpo eclesial. Moviada por esta convicción, Henriette anima a sus hermanas entregándoles este tesoro que no cesa de profundizar al pie del tabernáculo. Así, en 1816 la madre Henriette escribe a las hermanas de Laval, afligidas por el remplazo de su superiora Françoise de Viart por la hermana Azelle de Ormay: esta carta rebosa esta sabiduría práctica, aprendida durante las horas de contemplación del Corazón de Jesús, que la habita.

“Les pido su amistad, su confianza, porque de su obediencia no dudo y tengo la confianza de que Dios les ayudará, las sostendrá y que ella y ustedes serán pasablemente felices ofreciéndole todos los sacrificios que pide su estado de víctimas y de adoratrices del divino Corazón de Jesús. A esta hoguera de amor es a donde les exhorto a que vayan a obtener la fuerza para llevar su cruz todos los instantes de sus vidas”.<sup>27</sup>

Sor Gabriel de la Barre, su compañera desde las primeras horas, fina concedora del alma de la Buena Madre, nos ofrece un retrato de la personalidad espiritual de la Buena Madre en la manera de vivir y en cómo ella exhorta a otros a vivir a su vez. Su vocación y misión de adoratriz y reparadora, como mujer entregada como víctima de amor a los y las que

---

<sup>27</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a las hermanas de Laval” (s.l, marzo de 1816), LEBM 512 en *Correspondencia*, Vol. 3, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 215.

le han sido confiados, es amarlos con los sentimientos del Corazón de Jesús:

“¡Cuántas veces se ha ofrecido a Dios como víctima por los pecados de los otros! ¡Cuántas veces ha tratado de atraer sobre sí, por el fervor de sus oraciones, los efectos de la justicia de Dios irritado por los crímenes de los hombres! [...] Si Dios le mostraba el porvenir, ella aprovechaba para redoblar sus oraciones, sus penitencias, a fin de obtener para ella lo que pudiera ser doloroso y que los consuelos fueran para los demás”.<sup>28</sup>

En resumen, el amor reparador vivido en lo cotidiano es para la madre Henriette una forma de amar y de ver a la humanidad como la ve Jesús.

El padre Coudrin aprecia igualmente en la Buena Madre este agudo sentido oblativo y reparador del amor como una de las contribuciones significativa y eficaz a la obra de Dios para la congregación. No cesa de recordar que ésta es la manera que ella tiene de edificar la Comunidad:

“Le digo que ella es el soporte y la vida de todos nosotros ante de Dios [...] y sé que nunca ha dejado de ser víctima por toda la familia”.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Gabriel de la Barre, “Observaciones sobre la Muy Reverenda Madre Henriette Aymer” en *Escritos 1802-1829*, Roma 2000, 218-219.

<sup>29</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Raphaël Bonamie” (Archevêché de Rouen, le 27 janvier 1829), LEBP 1460 in *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 226.

Esta eficacia se nota en su vida marcada por una gran disponibilidad a la acción de Dios, y por su voluntad de tomar verdaderamente sobre ella las alegrías y los sufrimientos, los progresos y los fracasos de los miembros de la congregación, de la Iglesia y de la humanidad.

El padre Coudrin también ha tomado parte, en su propia carne, en los sufrimientos y en las consolaciones del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. En los sufrimientos, cada vez que los miembros del Cuerpo de Cristo son perseguidos por su fidelidad a Jesús y a las orientaciones de la Iglesia, cada vez que se amenaza la libertad en el ejercicio de los diversos ministerios eclesiales.<sup>30</sup> Esto le vuelve exigente, incluso intransi-

---

<sup>30</sup> Cf. La carta circular del padre Marcellin Bousquet (21 de diciembre de 1891) en la que invita a los hermanos y hermanas de la congregación a hacer una lectura contemplativa de la nueva biografía del padre Coudrin escrita por el padre Prosper Maliges y que está a punto de aparecer. *Vida del Muy Reverendo Padre Père M(arie). J(oseph). Coudrin, Fundador y Primer Superior General de la Congregación*, V. Lecoffe, París 1892. En efecto, la lectura que hizo el padre Bousquet revela los intereses y las preocupaciones de su época -afirmación de la infalibilidad del Papa y también la desmembración de los estados pontificios - y sin embargo, subraya algunos rasgos de la personalidad espiritual del Buen Padre, especialmente la adhesión inquebrantable a sus principios y su amor leal a la Iglesia: "En este tiempo de hundimiento y de lucha, en el que toda la sociedad carece de principios cristianos, será para nosotros una gran alegría contemplar a nuestro venerado Padre inviolablemente unido a Roma, centro de la unidad católica, dedicado a las enseñanzas del Vicario infalible de Jesús, por el cual profesó la más filial devoción, sostener y defender siempre y en todas partes, sin falla alguna, los intereses de la verdad y de la justicia, la causa de la Iglesia y de la Religión. ¡Qué hermoso carácter el de nuestro fundador! ¡Admirable unidad de su vida! Hasta el final de una larga carrera en diversas situaciones, a través de mil dificultades, supo

gente, a los ojos de los que se toman más libertad con el ministerio, hacia aquellos que se comprometen con el Estado. Poco inclinado a las estrategias de adaptación, incluso por buenas razones, el padre Coudrin estima que eso no debe existir en los miembros de la congregación. Más libertad en el ejercicio del ministerio pastoral no puede pagarse ocultando nuestra identidad real de servidores; se corre el riesgo de desfigurar la exigente belleza del testimonio que hay que dar al Maestro y Señor Jesús. Se reconoce esta firmeza, en el Buen Padre, en la aplicación de las ordenanzas reales del 16 de junio de 1828, firmadas por Charles X, que exigen, entre otras cosas, a las escuelas eclesiásticas (seminarios menores), no acoger más que a los que se preparan a las órdenes sagradas y también que los profesores y responsables de la dirección declaren no pertenecer a una congregación religiosa no legalmente establecida en Francia, es decir, que no tenga la aprobación del Estado. Ahora bien, acomodarse a tales exigencias es inaceptable para el Buen Padre, sobre todo por el hecho de verse obligado a expulsar a los alumnos más pobres que no se orientan al ministerio. Se lo hace saber al superior de la escuela de Cahors, el padre Césaire Carré:

“Esté bien seguro de que tanto en Cahors como en Rouen se exigirá una declaración que nuestra conciencia no puede hacer con seguridad, es decir, que los profesores no pertenecen a ninguna congrega-

---

no desfallecer nunca, permanecer fiel a sus convicciones y seguir siendo siempre fiel a sí mismo”. *Copia Publicca* 705-706.

ción religiosa. Así: *Sint ut sunt aut ab impietate de-  
leantur: Deus provedebit*. Nunca podemos servir a  
Dios por los medios que él desapueba”.<sup>31</sup>

Cuando el padre Coudrin toma parte en los sufrimientos de Cristo y de su Iglesia experimenta un gran consuelo que brota finalmente de una visión mística de la Iglesia: considera que la fuente de la inexpugnable libertad de la Iglesia es el fruto de un discernimiento constante de la acción del Espíritu que inspira y guía a la Iglesia. Esta acción se manifiesta obrando en los diversos servicios y ministerios que hacen visible la promesa de Jesús en el seno de su Iglesia hasta el fin de los tiempos. Esta acción resplandece también de manera particular en la vida de los santos que sostienen y orientan la marcha de la Iglesia. Por esa razón el Buen Padre tiene empeño en que los miembros de la congregación respiren al ritmo de la oración de la Iglesia con el rezo del breviario romano, (en la época del padre Coudrin, muchas diócesis tenían su propio breviario; a partir de ahora, los hermanos y hermanas rezarán con el breviario romano).

Además, es un signo de comunión entre las iglesias y de éstas con la iglesia de Roma, a diferencia de los breviarios locales; con el breviario romano “hay santos todos los días”<sup>32</sup> añade el Buen Padre, bajo la inspiración de la Buena Madre.

---

<sup>31</sup>Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Césaire Carré” (Rouen, 4 janvier 1829), LEBP 1444 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 212.

<sup>32</sup> Recuerdos recogidos por el hermano converso Severin Coulange, *Copia Publica* 1036.

La intercesión de los santos, con su vida y sus oraciones, es la que sostiene la marcha de la Iglesia y de la obra de Dios.

### **El amor providencial de Dios fuente de felicidad en la prueba**

Nuestros fundadores han sabido releer, no sólo los acontecimientos que jalonan su vida y la vida de la Iglesia bajo la óptica del amor providente de Dios, sino que también se han abandonado con toda confianza a este amor para hacer frente a la precariedad y a las debilidades institucionales de la congregación, así como a las contradicciones y conflictos que surgen en el contexto social o eclesial.

Haciéndose dóciles ellos mismos a la iniciativa de Dios, ponen sus decisiones en las manos de ese *Dios que los conduce como de la mano* e invitan a los hermanos y hermanas en dificultad a hacer otro tanto; experimentan entonces una extraña e inquebrantable felicidad. Una felicidad que les acompaña y sostiene a través de los sufrimientos y contrariedades soportadas o asumidas en nombre del Evangelio. Una alegría sobria, inquebrantable en las dificultades, inamovible en las tensiones.

Esta confianza en el amor providencial de Dios los pone a tono con su incansable acción para llevar a cabo su obra con el concurso de sus criaturas. Así, pueden discernir juntos más naturalmente los recursos espirituales que el Señor da a los que atraviesan la prueba e incluso reconocer las oportunidades que hay que aprovechar en las contrariedades y los conflictos. Durante los primeros años de la comunidad

en Poitiers, el Buen Padre exhorta a las hermanas a asumir la escasez de recursos y de fuerzas, la enfermedad e incluso la muerte que les aflige, teniendo en su corazón la confianza de saberse en las manos providentes de Dios:

“Así que tomen todo como venido del buen Dios y estoy seguro de que Él aligerará el peso”.<sup>33</sup>

En el padre Coudrin, esta convicción creyente a partir de su experiencia no ha hecho más que consolidarse; no deja de vivirla él mismo y compartirla con los demás como una fuente de felicidad. Unos años antes de su muerte, el Buen Padre invita a la hermana Anastasie Chesne a beber de la fuente de su propia felicidad: “Sea feliz en el cumplimiento de la voluntad de Dios, mi querida hija”.<sup>34</sup>

A su vez, la Buena Madre, lejos de sentirse paralizada ante la falta de medios para sostener la marcha de las comunidades y también para hacer frente a sus propias ansiedades y oscuridades, saca de la oración y del abandono en las manos del amor providente de Dios las fuerzas para seguir adelante y permanecer serena y en paz en la adversidad, a pesar de su propia noche oscura.

Abre así su corazón a su compañera de la primera hora, sor Gabriel de la Barre: le cuenta también la fuente de la que

---

<sup>33</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre aux Sœurs de Poitiers” (s.l., 19 janvier 1803), LEBP 89 en *Correspondance (1784-1804)*, Vol. 1, Maison Générale, Rome 1994, 243.

<sup>34</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Anastasie Chesne” (s.l., 17 juillet 1834), LEBP 1917 en *Correspondance (1831-1837)*, Vol. 8, Maison Générale, Rome, 2000, 267.



brotan su paz y su fuerza y, al mismo tiempo, se la comparte con toda sencillez para que otros encuentren serenidad y valerosa confianza, virtudes necesarias en estos tiempos difíciles que atraviesa la comunidad.

“Se equivoca al preocuparse por mi silencio, no me encuentro bien, estoy de mal humor y perezosa en exceso. Además, a menudo tengo tantos problemas y penas que mis cartas se verían afectadas. El estado de ansiedad en el que vivimos es para abrumarnos si la confianza en la Providencia no nos sostuviera... Abandonémonos a la Providencia y hagamos de la necesidad virtud. No crea que quiero predicarle; pero la costumbre de repetirme esto a mí misma hace que esté bajo mi pluma. Si tuviera dinero, iría a verla, pero estamos absolutamente en la miseria”.<sup>35</sup>

Los pocos medios de que dispone, la enfermedad que hace estragos en las pequeñas comunidades influyen en la moral de la Buena Madre tanto más cuanto que las necesidades de la misión educativa en las escuelas o los seminarios menores no pueden esperar, porque aumentan cada vez más y hay que gestionarlos en el día a día. En este contexto es donde Henriette y las comunidades clarifican su elección a la luz del Amor Providente de Dios; así es como se forjan las virtudes necesarias y se fortalecen los temperamentos. La Buena

---

<sup>35</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Gabriel de la Barre” (s.l. (probablemente en Picpus), fin de mayo, principios de junio de 1812), LEBM 433 en *Correspondencia*, Vol. 3, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 90-91.

Madre escribe a sor Gabriel de la Barre, superiora de Poitiers, comunidad que se encuentra muy escasa de medios para cumplir la tarea educativa que asumen.

“Tengamos paciencia, amiga mía; sufriremos hasta la bienaventuranza eterna. En cuanto a mí estoy en un tormento que no se explica; siempre necesito dinero y nunca lo tengo. 15 f. es toda mi fortuna por el momento; necesito 130 f. para ir a comprar mañana. Valor y paciencia es lo que me repito y carezco de estas dos condiciones esenciales en mi situación. Por lo demás están todos bien; hay muchas penas, disgustos personales; pero hay que ponerlo todo al pie de la Cruz. Digamos pues un buen "*fiat*" y crea, mi vieja amiga, que en medio de mis dolores pienso en los suyos y los comparto".<sup>36</sup>

A pesar de los obstáculos, Henriette no se deja abatir. Por el contrario, no sólo da muestras de valentía y paciencia, sino que también es capaz de soportar los sufrimientos de los que le hablan las otras hermanas. Extraña fuerza que surge en el corazón de los que toman sobre sí mismos los sufrimientos de los demás. Se saben conducidos por un amor más grande que su pobreza de recursos y su agotamiento en la adversidad. Es el amor de los que permanecen junto a la Cruz de Jesús. Esa es la fuente misteriosa de su fuerza.

---

<sup>36</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, "Carta a sor Gabriel de la Barre" (s.l., 1812 o febrero de 1813), LEBM 434 en *Correspondencia*, Vol. 3, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 93-94.

Un hermoso rasgo del gobierno de la Buena Madre: hacer suyas las preocupaciones de las comunidades y los dolores que las hermanas le confían y llevarlos a los pies de Jesús en la adoración. Del crisol de la adoración extrae las fuerzas y las luces necesarias para acompañar las decisiones sobre la congregación.

Su estilo de gobierno, cercano a la experiencia de las hermanas y de los hermanos, lúcido para reconocer las dificultades y las oportunidades del presente, confiado en las promesas de Dios que no abandona su obra; así descubre la Buena Madre la felicidad del siervo fiel del Evangelio (cf. Mt 24,46). En una carta dirigida a la superiora de Sées, sor Justine Charret, a la que la Buena Madre acaba de visitar, comparte con ella sus apreciaciones sobre la comunidad dándole a conocer los criterios que presiden su acción. Encontramos aquí una especie de guía para aquellos y aquellas que ejercen con ella el servicio de la autoridad:

“Agradezco haberlas visto a todas; me ha parecido que todas y cada una están pasablemente felices. Alegría y fervor por lo general van juntos. Así pues, trate de mantener todo en la paz, la caridad, la unión, la benevolencia y la mutua ayuda que manifiestan el buen espíritu y la indulgencia de los superiores”.<sup>37</sup>

Algunos años más tarde, después de la muerte del padre Coudrin, un joven flamenco entrará en la congregación, Josef

---

<sup>37</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Justine Charret” (s.l., 26 de enero de 1821), LEBM 785 en *Correspondencia*, Vol. 4, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 269.

de Veuster (1840-1889), tomará el nombre religioso de Damián, en memoria del santo médico; será canonizado por el papa Benedicto XVI el 11 de octubre de 2009. Modelado en la espiritualidad de los Corazones de Jesús y de María y del amor reparador, Damián responderá con prontitud a la llamada de llevar el Evangelio a las islas Hawái. Hace realidad así la visión del padre Coudrin de un cuerpo de hermanos y hermanas enviados por todo el mundo para difundir el Evangelio.

La fuente de su celo en el ministerio lo lleva hasta morir como un leproso entre los leprosos; manifiesta así, en su propia carne infectada, la belleza del amor que se hace cercano a todos, cercano sobre todo a los últimos. Este impulso para amar así hasta el final, Damián lo saca de la contemplación permanente de Jesús que se ha entregado por todos, revelándole así el cumplimiento de su existencia. Damián busca mirar a los leprosos con la mirada amorosa de Cristo.

“La vista de lo que las almas han costado a Jesucristo, así como el recuerdo de lo que le costado nuestras propias almas, debe inspirarnos el mayor celo por la salvación de todo el mundo. Debemos entregarnos a todo lo que puede contribuir a la salvación de las almas. Debemos darnos a ello reservas. La medida de nuestro celo debe ser la de Jesucristo”.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> Damien de Veuster, *Carnet*, cité par Vital Jourdan, *Le Père Damien de Veuster de la Congrégation des Sacrés-Cœurs. Apôtre des Lépreux*, Paris/Braine-le-Comte 1931, 355.

Este gesto del don de sí se actualiza en la Eucaristía celebrada con los leprosos de Molokai y contemplada en la adoración. A los pies del Santísimo Sacramento, en comunión con sus hermanos y hermanas de la congregación, con los cristianos anglicanos, especialmente los miembros sufrientes del Cuerpo de Cristo, los leprosos, es donde Damián se renueva:

“Sin la presencia continua de nuestro divino Maestro en el altar de mis pobres capillas, nunca habría podido perseverar en unir mi suerte a la de los leprosos de Molokai. Las consecuencias eran previsibles, pero ahora empiezan a manifestarse en la superficie de mi cuerpo y se hacen sentir en todo mi sistema. Como la comunión es el pan de todos los días para el sacerdote, me siento feliz, muy contento y resignado en el medio, algo excepcional, en el que la divina Providencia ha querido colocarme”.<sup>39</sup>

Entrar en los planes de la Divina Providencia y entregarse a ellos según los criterios, las actitudes y las opciones del Corazón de Jesús, actualizados en la Eucaristía y contemplados en la Adoración, son dos criterios principales del ministerio del padre Coudrin y de la madre Henriette que el mismo padre Damián de Veuster ha vivido profundamente.

---

<sup>39</sup> Damien de Veuster, “Carta al Rvdo. Pastor Chapman” (Kalawao, Molokai, Islas Sandwich, 26 de agosto de 1886) en Edouard Brion (edit), *Una extraña felicidad. Carta del padre Damián leproso (1885-1889)*, Cerf, París 1988, 71; *Father Damien’s Letters*, “Letter to Reverend Hugh B. Chapman” (LEFD 246), General House, Rome 2017, 533.

Así, Damián, inspirado por estos criterios, ha podido colaborar en la obra de Dios con los leprosos de Molokai.

Estos criterios coinciden, con profunda actualidad, con la lectura de la historia misionera de la Iglesia hecha por el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Para hacer frente a los nuevos temas y desafíos de la Iglesia, enfrentada a las condiciones cambiantes del tiempo presente, se necesitan hombres y mujeres que acojan esta gracia que les precede y les sostiene en sus esfuerzos. Una gracia gratuita pero exigente que despliega su potencia transformadora precisamente en los hombres y mujeres que se ponen a su disposición con inteligencia y generosidad:

“Nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es «sudor de nuestra frente»” (EG, 96).

La historia misionera de la Iglesia es, en última instancia, la historia de la santidad de todos los miembros del pueblo de Dios que han comprendido su existencia como un don de sí mismos, como un servicio a los más necesitados, como un amor efectivo a los rechazados. El padre Coudrin, la madre Henriette, san Damián de Molokai han sido generosos y audaces en su amor a Dios y a sus hermanos y hermanas, sus compañeros en humanidad, porque ellos mismos han sido conquistados por este amor de Dios, tocados por el Corazón lleno de compasión de Jesús. Han trazado en su tiempo y siguen trazando hoy un camino para entrar en el dinamismo del amor misericordioso de Jesús por la humanidad, como

un camino de santidad y de felicidad evangélica. Haciéndose compañeros en este camino de seguimiento de Jesús, pueden ayudarnos a convertirnos en testigos audaces y creativos de la compasión de Jesús:

“Una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad, pero dejemos que Jesús la tome con sus manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión” (*Gaudete et Exsultate*, 131).

## V.

### UNA FAMILIA DE HERMANOS, DE HERMANAS Y DE LAICOS

#### **Dios forma su pueblo, su familia**

Cuanto más se involucra el padre Coudrin en los diversos servicios del ministerio pastoral, más descubre que todo lo que hace es para la edificación del Cuerpo de la Iglesia y para el establecimiento de su familia religiosa. Es consciente de que la Iglesia está siempre *in fieri*, en proceso de discernimiento, de puesta en práctica y de renovación permanente a la luz del Evangelio del que es portadora y testigo. “*Ecclesia semper reformanda*” en el modo de irradiar el Evangelio a través de sus miembros, las iniciativas y estructuras de la Iglesia. Es la acción de Dios la que suscita en los miembros de la congregación los mejores dones; exige de ellos hacerlos crecer en la medida en que los ponen al servicio de la edificación de la Iglesia, en los diferentes ministerios y compromisos, sobre todo en los momentos de dificultad o en las pruebas.

Con esta certeza, el padre Coudrin da este sabio consejo a una hermana preocupada por los disturbios políticos en la época de la Restauración en Francia (julio de 1831):



“Tranquilícese, mi querida hija. Puesto que Dios nos envía pruebas, esperemos que nos dará la ropa según el frío”.<sup>40</sup>

Fortalecida por esta convicción y enriquecida por su sabiduría práctica forjada en el crisol de la contemplación de Cristo en la Eucaristía, la madre Henriette ilumina también a los hermanos en las diversas situaciones que se presentan durante las misiones parroquiales en Bouilly, cerca de Troyes. Predicación y confesiones son los recursos pastorales en este tiempo de reparación del Cuerpo eclesial desgarrado. Sin embargo, algunos hermanos exigen a los penitentes la promesa de cumplir mejor en el futuro los mandamientos de Dios. La madre Henriette invita a estos hermanos, a través de Hilarión Lucas, a no sobrecargar de exigencias a los penitentes y a confiar más bien en la acción de Dios que, con las buenas disposiciones de los fieles, repara desde ahora el corazón de los hombres y fortalece su Cuerpo eclesial:

“Creo, mi buen hermano, que será mejor que se ocupe de intensificar, si es posible, las buenas disposiciones actuales, que de hacerles hacer promesas para el futuro que serían peligrosas si se persuaden de que, habiendo faltado en algunos puntos, han perdido el fruto de su misión. En ese caso sería muy de temer que se volvieran tan indiferentes para la religión como en el pasado y ciertamente

---

<sup>40</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Constantine Yver” (Archevêché de Rouen, 11 septembre 1831), LEBP 1650 en *Correspondance (1831-1837)*, Vol. 8, Maison Générale, Rome 2000, 66.

más culpables. Límitese, mi buen hermano, a hacerles comprender muy bien lo que es de estricta obligación y abandone el resto a la gracia de Dios que nunca va a faltarles si son fieles a sus buenas instrucciones. Es lo que creo poder decirle con certeza; sea muy indulgente, el buen Dios hará el resto”.<sup>41</sup>

## **Aprender a caminar juntos**

Puesto que esta acción de Dios actúa en todos los miembros de la Iglesia, hay que discernirla y colaborar con ella; esto exige un ejercicio concertado, coral, sinfónico, que implique a todos los bautizados con su fe, sus dones y carismas que el Espíritu de Jesús no cesa de darles. Desde los primeros años de su ministerio, el padre Coudrin recibe la ayuda de su familia, de sus compatriotas, de hombres y mujeres deseosos, también ellos, de colaborar con el Señor en la edificación de su Iglesia e incluso de correr riesgos para el anuncio del Evangelio.

El padre Coudrin guardará una deuda de gratitud con la señorita Marthe Marie-Anne Gauffreau (1755-1833), llamada “la Madre de los sacerdotes” en Poitiers. En efecto, después de haber dejado la Motte, el padre Coudrin encuentra en la casa de ella, en la calle de la Regratterie, una acogida segura, así como las informaciones necesarias para ayudar a los fieles durante el Terror. Cuando se entera de su muerte en 1834, el padre Coudrin escribe al clérigo Michel Soudais

---

<sup>41</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta al padre Hilarión Lucas” (s.l., enero de 1821), LEBP 782 en *Correspondencia*, Vol. 4, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 265.

(1753-1843) que también se había beneficiado de la hospitalidad de la señorita Gauffreau, en el momento de abandonar su parroquia en Beugnon, debido a su negativa a jurar la Constitución Civil del Clero; había tenido que sufrir el exilio y la cárcel (sobre todo en la fortaleza de Rochefort, después en los pontones de Rochefort de junio de 1794 a febrero de 1795):

“Buena paz y feliz final, mi querido amigo. Esta santa señorita de Poitiers, que me hizo conocer al entrañable Soudais, acaba de morir como una santa. Sí, mi querido amigo, deleitémonos con el Cielo”.<sup>42</sup>

A continuación, exhorta vivamente a los hermanos y hermanas de la congregación a no ser un obstáculo a la acción de Dios, sino a favorecerla más bien mediante la ayuda mutua ofrecida en el seno de las comunidades religiosas.

Iluminado por esta dinámica de gracia en Iglesia, el padre Coudrin escribe así a la joven superiora de la comunidad naciente de Poitiers y, a través de ella, a la comunidad de los hermanos y a su superior, el padre Isidore David:

"Consuélense todos, queridos amigos, tenemos muchas pruebas, pero Dios lo quiere, sacaré de ellas su gloria, sometámonos a todo y Él sabrá bien hacer que triunfemos. [...] ¡Ah, amigos míos!, cuántos obstáculos hay para hacer un poco de bien, ¡¡¡y además muy poco!!!

---

<sup>42</sup> Marie-Joseph Coudrin, "Lettre à Monsieur l'Abbé Michel Soudais" (Picpus (probablemente), 24 juillet 1834), LEBP 1918 en *Correspondance (1831-1837)*, Vol. 8, Maison Générale, Rome 2000, 267.

El buen Dios lo quiere todo, así toda esperanza en Él y toda confianza en que hará su voluntad santa.

Los llevo a todos en mi corazón y nada podrá nunca sacarlos de él, porque nosotros sólo vivimos para ustedes, mis queridos y tiernos hijos.

En resumen, mis queridos amigos, no tengo más alegría que la que ustedes pueden tener; porque si ustedes sufren, no me siento a gusto, y nuestros corazones están tan estrechamente unidos que parece que todos sean uno. Sean, pues, todos UNO, en la caridad del Buen Maestro que nos une”.<sup>43</sup>

Después de su experiencia fundante de la Motte, el padre Coudrin no contempla su vida y su ministerio sin los hermanos y hermanas de la comunidad. Vive únicamente para sostener la obra de Dios en la congregación. Dios viene en su ayuda a través de los hermanos y hermanas que se unen a la comunidad. De manera especial, camina con la Buena Madre en el cumplimiento de los planes de Dios sobre ellos, sobre la congregación, la Iglesia y la sociedad de su tiempo.

Gracias a una afinidad creciente con el Buen Padre, la Buena Madre sabe por experiencia que Dios puede desplegar su acción en aquellos que se disponen a ella y confían en ella. Según la dinámica de la Encarnación, la gracia transforma la naturaleza humana y la creación y ésta coopera para hacerse cada vez más capaz de Dios. Esta dinámica encuentra

---

<sup>43</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Mademoiselle de la Barre [Sœur Gabriel de la Barre] (Mende, 16 décembre 1802), LEBP 82 en *Correspondance (1784-1804)*, Vol. 1, Maison Générale, Rome 1994, 225-227.

espacios de realización diarios y prácticos en la marcha de las comunidades. Así, en la administración de los escasos recursos de que dispone la naciente comunidad de Poitiers, la Buena Madre pide simplemente a la superiora, sor Gabriel de la Barre, que vele sobre todos y sobre todo y que se confíe enteramente en las manos del buen Dios.

"El buen Dios vendrá en nuestra ayuda, pero trate de ver eso. Piense en todo, mi buena [hermana]; esté en todo, entonces será enteramente de Dios; Él la recompensará con el ciento por uno".<sup>44</sup>

Sigue siendo muy sensible a la gracia que Dios concede al cuerpo de la congregación y que la reparte entre los miembros de la comunidad. Esta gracia no cesa de fructificar en la medida en que ellos saben usarla en beneficio de la edificación de la comunidad y de la misión común. Desde su punto de vista, cada miembro está llamado a colaborar con Dios que guía su obra con su mano; la obra recibe sus gracias por su pertenencia a la congregación y su disposición a enriquecer este cuerpo con el don diario de sí mismo al servicio de los hermanos y hermanas. Todo lo relacionado con un miembro de la familia tiene necesariamente un impacto en toda la comunidad. Cuando se debilita la respuesta personal a tantas gracias recibidas: la fe, el gusto del Evangelio, la alegría de servir en su nombre, los diversos dones y carismas, etc., la Buena Madre exhorta entonces a apoyarse en la comunidad y a contar con ella. Con este espíritu, dirige una

---

<sup>44</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, "Carta a sor Gabriel de la Barre" (Cahors, hacia el 13 de diciembre de 1803), LEBM 155 en *Correspondencia*, Vol. 2, Casa General (Hermanas) Roma 2015, 17.

carta llena de sabiduría y de afecto fraterno al padre Philibert Vidon, “*mi buen hermano*”, le dice en Sées, cuando él se siente asaltado por el pensamiento de dejar la congregación.

“Quédese pues con nosotros, mi buen hermano, para nuestra felicidad, nuestra satisfacción, nuestra edificación. Estoy segura que, si yo pudiera llamar nominalmente a cada uno de los individuos que forman nuestra sociedad, no habría uno ni una que no fuera de mi parecer. Trate de calmar sus preocupaciones y de adherirse más fuertemente aún a este divino Corazón de Jesús que es y será siempre nuestra fortaleza, nuestro apoyo. Ruegue a Él por mí que tanto lo necesito. Piense un poco que somos solidarios unos de otros, y que tal vez sea a sus oraciones, a sus virtudes a las que estén ligadas las gracias particulares que Dios quiere conceder a la sociedad de la que es miembro. Espero que me va a comunicar que piensa como yo. Me alegraré según Dios por usted y por nosotros”.<sup>45</sup>

La Buena Madre exhorta vivamente a este hermano a situarse desde el punto de vista de la comunidad a la que pertenece y de la que es solidario. Que relativice su malestar y sus problemas gracias al afecto y al interés que los miembros de la comunidad muestran hacia él y que reconozca cómo su persona edifica al cuerpo entero. Que sepa adherirse aún

---

<sup>45</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta al padre Philibert Vidon” (Picpus, 23 de enero de 1818), LEBM 610 en *Correspondencia*, Vol. 4, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 25.

más al divino Corazón de Jesús, fuente de fuerza y de consuelo sobre todo en los tiempos de desolación. Hermosa manera de la Buena Madre de tener a la vez cuidado de cada hermano y cuidado del cuerpo entero y de experimentar en ello la alegría y la felicidad según Dios.

### **Impulso misionero**

Más tarde, en el momento en que la Santa Sede pide a la congregación que amplíe su frente misionero más allá del Hexágono francés, a las Islas Sandwich (hoy, las Islas Hawái), el padre Coudrin entrega una especie de vademécum espiritual para los hermanos que se preparan para partir muy lejos a la nueva misión. Recuerda vivamente al padre Alexis Bachelot, al frente de este primer grupo, algunos puntos fundamentales del espíritu de familia de la congregación: la vida fraterna y, en particular, una de sus premisas mayores, el discernimiento que hay que realizar juntos para encontrar la voluntad de Dios.

“Ámense unos a los otros, soporten las pequeñas penas que serán indispensables a causa de los diferentes caracteres; no tengan más que un corazón y un alma. Los santos Ángeles los ayudarán, guiarán, iluminarán, los llevarán al puerto... Sean amables y obedientes unos con otros. Que cada uno no se aferre demasiado a su sentimiento; es más conforme a la voluntad de Dios ceder algo por el bien de todos

que querer lo mejor, cuando hay obstáculos que no son malos en sí mismos”.<sup>46</sup>

Esta forma de ser Iglesia coral o “sinodal” se manifiesta ya en el proceso mismo de puesta en práctica; es una traducción de la “visión” que el padre Coudrin ha tenido de la congregación en la Motte d’ Usseau y que lo acompañará siempre: una comunidad de hermanos, de hermanas y de laicos, unidos por un mismo deseo, *difundir el Evangelio por doquier*, y capaces de traducirlo en una diversidad de ministerios según las circunstancias cambiantes de su tiempo. Para hacerlo posible y vivirlo en un espíritu de familia, el padre Coudrin mantiene una relación privilegiada y constante con los superiores y superioras de las comunidades locales. Los sostiene en su papel con sus consejos, les acompaña en el servicio a veces arduo para decisiones particularmente pesadas, relativas a las dificultades de personas o incluso de gestión de las casas.

Al superior de la comunidad de Poitiers, por ejemplo, que tiene una fuerte inclinación autoritaria y que quiere nombrar a un prior, aconseja:

“Dado que está nombrando un prior, dé a sus hermanos un cierto aire de confianza que los una a usted. Porque, en verdad, mi buen amigo, tiene usted una forma de tratar todo como amo absoluto y es,

---

<sup>46</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Alexis Bachelot” (s.l., octobre 1826), LEBP 1163 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 303.



se lo aseguro, la peor. Un poco de tolerancia funciona muy bien cuando se tiene la autoridad”.<sup>47</sup>

Para consolidar el espíritu de familia en la congregación, el padre Coudrin insiste también a los hermanos y hermanas en el cuidado de sus padres y, si es necesario por razones de precariedad o de salud, en acogerlos incluso en las casas. El criterio para este tipo de decisión es la opción por los más pobres que se encuentra a menudo en el seno de las familias de los miembros de la comunidad. Así escribe el padre Coudrin al padre Bernard Jaussen, superior de la comunidad de Sarlat:

“No olviden, pues, nunca que los primeros pobres son los padres de nuestros hermanos y que no hay nada por encima de un padre o de una madre. [...] Solamente, no se agoten; puesto que nuestras casas pueden hacer un poco de bien, debe ser para los parientes pequeños y mayores de nuestros hermanos y hermanas”.<sup>48</sup>

Otro nivel de esta dinámica del “caminar juntos” es el de la fraternidad vivida diariamente. El padre Coudrin, sin renunciar a su cargo de superior general que vela por la marcha del conjunto de las comunidades, insiste mucho en que los miembros entre sí y todos respecto de él tejan relaciones

---

<sup>47</sup>Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Hippolyte Launay” (s.l., 7 octobre 1822), LEBP 786 en *Correspondance (1821-1824)*, Vol. 5, Maison Générale, Rome 1998, 164.

<sup>48</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Bernard Jaussen” (s.l., 7 janvier de 1826), LEBP 1093 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 211.

de una franca y alentadora fraternidad. Como prueba, firma la mayor parte de sus cartas a los miembros de la congregación: *h(ermano) M(arie) J(oseph)*. No soporta que al dirigirse a él, los miembros de la congregación empleen títulos que ocultan esta dimensión esencial: "Lo de 'reverendo padre' no puede estar nunca en su pluma, ni en su boca",<sup>49</sup> reprocha severamente el padre Coudrin a una de las compañeras de la primera hora y superiora de Poitiers, sor Françoise de Viart. Además, el padre Coudrin tiene siempre palabras llenas de estima y confianza hacia los hermanos no ordenados.<sup>50</sup>

Otro nivel de este servicio coral, vivido y querido por el padre Coudrin, lo encontramos en su capacidad, como padre y pastor, de generar lazos de fe con las diferentes personas que caminan con él. Cabe mencionar en particular las relaciones francas y leales que mantiene con los distintos obispos y vicarios generales con los que trabaja sin temer los conflictos, si es necesario, cuando considera que se pone en tela de juicio la libertad de la Iglesia o incluso cuando la

---

<sup>49</sup> Marie-Joseph Coudrin, "Lettre à Sœur Françoise de Viart" (Troyes, 1<sup>er</sup> décembre de 1825), LEBP 1081 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 195.

<sup>50</sup> El pretendido espíritu de familia, lleno de un agudo sentido de la fraternidad evangélica, brilla sobre todo en los recuerdos recogidos precisamente por el hermano converso Severin Coulanges: "Sentía un afecto especial por los hermanos conversos; hacía todo lo posible para que no se creyera en el mundo que éramos sirvientes. Muchas veces le pedía, mientras estaba con los misioneros que recorrían los campos, comer aparte para no molestar a aquellos señores que a menudo tenían casos de conciencia que debían someterse unos a otros; nunca quiso consentir en ello y me dijo siempre: "Si estos señores tienen algo que decir, que lo digan en particular. Quiero que coman juntos para que se vea que todos son hermanos." *Copia Publica* 1160-1161.

obra de Dios a través de la congregación encuentra obstáculos para su realización. Cuando crecen las tensiones con el párroco de Sante Marguerite en París, el cura Lemercier, del que depende la casa de Picpus, percibe que ya no tienen la confianza ni del párroco ni de las autoridades diocesanas. El conflicto se refiere al derecho de jurisdicción pastoral que el párroco quiere hacer valer sobre la comunidad de Picpus, cuando la congregación había estado exenta de él en un clima de confianza con los párrocos precedentes desde la llegada de la comunidad a Picpus en 1805. Este conflicto obliga al Buen Padre a reconsiderar la viabilidad de la comunidad en la diócesis. En su discernimiento sobre esta cuestión, el Buen Padre sitúa a la congregación en la perspectiva del bien y de su utilidad para la vida y la marcha de la Iglesia.

En su carta a Mons. Elicagaray, miembro de la comisión de instrucción pública y huésped habitual de Picpus, el Buen Padre le hace su lectura de los hechos. No ignora las preveniciones contra el padre Coudrin que se ha negado a reconocer al cardenal Jean-Siffrein Maury, nombrado por Napoleón administrador de París (1810-1814), sin la confirmación del Papa y que ha hecho prevalecer la aprobación de la congregación por la Santa Sede antes de haber obtenido la aprobación del Estado francés. Esto le hace ser visto como demasiado ultramontano para la sensibilidad galicana reinante en algunas autoridades civiles y eclesiásticas de la época. Pero su criterio de lectura es lo que el amor providencial de Dios está diciendo a la congregación para que siga siendo fiel y útil a la Iglesia.

“Está claro, en efecto, que se tienen prevenciones sobre nuestros establecimientos, sea personalmente sobre nosotros o bien que la divina Providencia permite este humillante anatema para determinar y guiar nuestro camino. En el primer supuesto, nunca podríamos nosotros curar esas prevenciones; porque, además de no conocer su naturaleza, no podemos esperar actuar mejor. La segunda hipótesis es para nosotros una advertencia del Soberano Regulador de nuestra suerte que nos ordena, en cierto modo, levantar nuestro pobre campo y llevar a otro lado los débiles esfuerzos que se digna inspirarnos para su gloria y para la instrucción de los pobres. Podemos decir, gracias a Dios: *non habemus hic manentem civitatem*. Nuestras tiendas son fáciles de transportar y, además, es posible que las encontremos todas colocadas allí donde nos llamen”.

[...]

“Sí, Sr. Cura, deseamos únicamente el bien de las almas; pero el bien no se puede hacer donde no se tiene la confianza plena de los superiores eclesiásticos. Ahora bien, se lo repito, es indudable que nosotros no la tenemos. Porque si la tuviéramos, no seríamos objeto de un rechazo que no experimentamos en ninguna parte, que no experimenta nadie más que nosotros. Sin embargo, permítasenos decirlo, creemos que hemos sido útiles, no sólo en la diócesis sino también a la diócesis.

[...]

Dios no nos abandonará, ni tampoco la obra en la que la Providencia ha empleado nuestros débiles medios, si esta obra le es agradable. En el nombre del Señor la hemos emprendido; le dejamos el éxito a Él”.<sup>51</sup>

Más allá de las desconfianzas que pesan por ambas partes en los actores implicados en este conflicto, de las diferencias de visión de la Iglesia o incluso de las fricciones entre dos fuertes personalidades, el Buen Padre ve en ello una ocasión para reafirmar los criterios y las opciones de fondo que inspiran la contribución de la congregación a la vida de la Iglesia: trabajo en la confianza con los pastores, respeto de los diversos carismas y servicios en la comunidad, preocupación por los más pobres, disponibilidad para las necesidades de las iglesias locales, libertad radical fundada sobre la condición de peregrinos en camino con otros hacia nuestra patria definitiva en Dios y el hecho de dejar las iniciativas y proyectos en las manos de Dios. En resumen, una conciencia eclesial que se ajusta y madura mediante la lectura de los acontecimientos significativos de la marcha de la Iglesia con los diferentes actores implicados. El horizonte es siempre permanecer útil a la edificación de la Iglesia sabiendo bien que es Dios quien la lleva a su cumplimiento.

---

<sup>51</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Monsieur l’abbé Elicagary” (Paris, 27 juin 1820), LEBP 628 en *Correspondance (1817-1820)*, Vol. 4, Maison Générale, Rome 1997, 228.

## **Compartir la espiritualidad y la misión con los laicos**

Finalmente, no debemos olvidar que, desde su visión de la Motte d'Usseau, el padre Coudrin ha tenido esta idea de un grupo de misioneros llamados a difundir el Evangelio por todas partes y de una sociedad de mujeres que se encargarían de las necesidades materiales de los misioneros, todos entregados a los Corazones de Jesús y de María. Es decir, una familia religiosa que adoptaría la forma de un instituto religioso para hermanos y hermanas. Esta intuición del fundador encontrará su núcleo inicial en una asociación compuesta fundamentalmente por mujeres piadosas -la Asociación del Sagrado Corazón- que cuenta también con algunos sacerdotes como capellanes y acompañantes. En este grupo de laicos, el padre Coudrin se encontrará con Henriette Aymer y el conjunto de mujeres que formará después el núcleo inicial de la congregación. La joven Henriette Aymer comparte también la visión de una familia compuesta no sólo de hermanos y hermanas unidos por votos, sino también de una sociedad exterior:

“Siempre tendremos una gran sociedad -escribe la madre Henriette al padre Coudrin- bajo otra forma [que la de una orden religiosa], que será una especie de Tercera Orden”.<sup>52</sup>

Los fundadores traducirán este deseo en la forma de una asociación exterior de hombres y mujeres que colaboran y sostienen la misión de la congregación sobre todo mediante

---

<sup>52</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Billete al Buen Padre” (s.l., 3 de febrero de 1802), LEBM 63 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 142.

el ministerio de la adoración eucarística y el rezo de la *Salve Regina*. Los miembros de esta asociación se reúnen en torno a una comunidad de hermanos y hermanas; están debidamente registrados y tienen como santo patrono al apóstol de Vivarais, san François Régis (Narbonne 1579-Lalouvesc 1640). De hecho, durante las gestiones del padre Hilarión Lucas ante la Santa Sede para la aprobación de la congregación en 1814, el padre Coudrin le recuerda los votos y las oraciones de “novecientas personas unidas directa o indirectamente a la congregación”,<sup>53</sup> es decir, más de 700 laicos asociados en ese momento.

En noviembre de 1816, la Buena Madre, con el consentimiento del padre Coudrin, hará imprimir más de 3000 invitaciones para distribuir a los laicos.<sup>54</sup> La finalidad es propagar la devoción a los Sagrados Corazones entre los fieles a través de la adoración eucarística diaria con la intención reparadora -para “pedir perdón” a causa de los pecados y del hecho de que el amor de Dios no es amado ni reconocido- y el rezo de la *Salve*. Con tenacidad la Buena Madre insiste a los responsables de las comunidades (hermanas y hermanos) para que distribuyan esta invitación; es un modo de

---

<sup>53</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Hilarion Lucas” (Paris, 25 octubre 1814) LEBP 476 en *Correspondance (1808-1816)*, Vol. 3, Maison Générale, Rome 1996, 305.

<sup>54</sup> Cf. Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Gabriel de la Barre” (s.l., final de noviembre de 1816, LEBM 531; “Carta a sor Adelaïde Prieur-Chauveau” (s.l., noviembre de 1816), LEBM 546; “Carta a sor Adrienne de Bocquency” (s.l., noviembre de 1816), LEBM 547; “Carta a sor Hilde Lacoste” (s.l., final de noviembre o de diciembre 1816), LEBM 551; “Carta al padre Régis Rouchouze” (s.l., final de noviembre de 1816), LEBM 552 en *Correspondencia*, Vol. 3, Casa General (Hermanas), Roma 2015.

animar a las personas que lo deseen a entrar en una comunión de oración con los hermanos y hermanas y a participar así en las gracias e indulgencias concedidas a la congregación por la Santa Sede.<sup>55</sup> De hecho, esta invitación encuentra un gran eco y una respuesta favorable entre muchos laicos. De este modo se contribuye a alcanzar el fin principal de la congregación, a saber, la propagación de la devoción a los Sagrados Corazones y también a realizar uno de los servicios principales de la congregación para la misión de la Iglesia, la Adoración Eucarística reparadora perpetua.<sup>56</sup>

### **La madre Henriette y el padre Coudrin, acompañantes de la obra de Dios**

La pieza maestra de este espíritu de familia y de esta dinámica “caminar juntos” en la congregación está constituida por la relación esencial entre el padre Coudrin y la madre

---

<sup>55</sup> Se trata de las indulgencias plenarias o parciales para aquellos y aquellas que se unen a la misión de la Iglesia a través de la congregación por la confesión, la comunión y la adoración eucarística y rezan por las intenciones de la Iglesia, del Papa e incluso por las de la familia de los Borbones, los primeros viernes o sábados de mes, o el 9 de julio para la fiesta de Nuestra Señora de la Paz. También reciben indulgencia los enfermos que en trance de muerte pronuncian, de corazón al menos, los nombres de Jesús y de María y aquellos y aquellas que enseñan el catecismo a los niños y practican otras obras de piedad. Una amplia gama de servicios y ministerios en los que los laicos participan también en la misión de la congregación. Cf. Marcel Bocquet, “Nos Fondateurs et l’Association Extérieure. L’Appel de la Bonne Mère” en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 1, Rome 1956, 62-63.

<sup>56</sup> “L’appel de la Bonne Mère” (s.l., novembre 1816) publicado en Marcel Bocquet, “Nos fondateurs et l’Association Extérieure. L’appel de la Bonne Mère” en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 1, Roma 1956, 61-63.



Henriette. En efecto, las diferentes dimensiones de este servicio sinodal en común que el padre Coudrin quiere transmitir a la congregación, se asumen y profundizan gracias a su relación privilegiada con la madre Henriette Aymer. Una relación marcada por un gran respeto, una admiración mutua, una confianza recíproca y un sentido compartido de la animación de la familia religiosa,<sup>57</sup> relaciones notables tanto más significativas dadas sus diferencias de sensibilidad y de procedencia social: él de un medio rural relativamente acomodado, ella de un medio más bien urbano bien acomodado, perteneciente a la pequeña nobleza de Poitiers; estas diferencias fueron sin duda atenuadas por su docilidad a la acción de Dios en su vida.

Esta acción de Dios les abre un horizonte para nuevas bases. Esta relación está fundada en su radical arraigo en el amor del Señor Jesús, cultivado en la Adoración eucarística reparadora, profundizado en la carga compartida de la animación conjunta de la congregación. Así, la fundadora conservará siempre una deuda de gratitud hacia el padre Coudrin que la acogió en el seno de la Sociedad del Sagrado Corazón (1795) -germen de la congregación- asignándole un turno de adoración; esta Sociedad tenía entonces su sede en Poitiers, calle du Moulin-a-Vent. Así escribe al padre Coudrin:

---

<sup>57</sup> Se pueden encontrar referencias en innumerables textos de la correspondencia del padre Coudrin a Madre Henriette Aymer, LEBP 135; 770; 1436; 1460, Cf. *Copia Publica* 744-745.

“Cuando usted estableció la adoración en el Moulin y me asignó una hora, sin sospecharlo, fijó mi destino”.<sup>58</sup>

A su vez, el padre Coudrin encuentra en la madre Henriette apoyo, consejo y fina percepción para sus procesos espirituales. En el momento en que la comunidad naciente busca una forma de vida común “para hacer amar el Evangelio”, el padre Coudrin está más bien inclinado a adoptar elementos de la vida monástica: estabilidad de la comunidad, oración común del oficio y algunas prácticas ascéticas como el ayuno, la pobreza en el vestir y la austeridad en el estilo de vida. La vida monástica masculina es la única forma de vida religiosa que él conoce. Pero, dadas las necesidades de la Iglesia de la época, en lugar de tratar de reproducir la vida monástica, los dos piensan más bien en crear una forma de vida común más flexible y, por tanto, más compatible con las exigencias apostólicas.

En este discernimiento para dar forma a una vida religiosa a la altura de los desafíos de la época, la madre Henriette ofrece al padre Coudrin consejos sabios y un juicio acertado. Estos consejos expresan de una manera más articulada lo que la Buena Madre ve y aprecia en el padre Coudrin. Dicho de otro modo, la nueva comunidad ha podido nacer y buscar las formas de organización y de ministerio sobre la base de las cualidades espirituales de que el padre

---

<sup>58</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Billete al Buen Padre” (Mende, viernes 7 de enero de 1803), LEBM 109 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 236.

Coudrin está dotado y que la madre Henriette sabe poner de relieve:

“El buen Dios le ha concedido el precioso don de su presencia habitual, es decir, al hablar, caminar o hacer otra cosa, sin pensar, usted piensa en él. En fin, Él está más dentro de usted que usted mismo, si puede expresarse así. Valdría la pena que, para responder a esta gracia particular, entrara usted varias veces el día (aunque sólo fuera un momento) en el fondo de su corazón para adorarlo, porque allí tiene su morada y en ella se complace, porque las faltas que usted pueda cometer nunca son hechas con entera deliberación”.<sup>59</sup>

La joven Henriette se une a esta figura espiritual para buscar y construir juntos la forma de vida que mejor traduce las mociones espirituales que les animan. Ambos son responsables de la animación de la comunidad desde los primeros pasos hasta su consolidación. Cuando la madre Henriette atraviesa momentos de enfermedad, el padre Coudrin se preocupa por ella y por la congregación que depende mucho de esta animación compartida. Para expresar su afecto a la madre Henriette y su común responsabilidad en la animación de la comunidad, el padre Coudrin emplea una imagen que dice mucho sobre cómo entienden el acompañamiento de la congregación:

---

<sup>59</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Billete al Buen Padre” (s.l., hacia mediados del año 1801), LEBM 32 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 78.

“Trate de estar mejor, de sostener siempre la pobre barca que Dios ha construido con dos pobres mortales y con tablas tan tristes y mal pulidas”.<sup>60</sup>

Sin embargo, este acompañamiento de la comunidad se asegura de diversas maneras por la madre Henriette y el padre Coudrin. Pasados los primeros años de camino juntos en la congregación, el padre Coudrin hace una relectura viendo ya el papel fundamental desempeñado por la madre Henriette, a la que llama “Pequeña Paz”:

“No veo, sin un cierto enternecimiento, todo lo que ha sucedido desde entonces y que, a pesar de que apenas lo merecíamos, son muchos progresos para un tiempo como el nuestro y, sobre todo, para un padre tan tímido y temeroso. Es verdad que la Pequeña Paz lleva la luz y yo sólo sostengo el candelabro”.<sup>61</sup>

Si las relaciones entre ellos están llenas de respeto y confianza, el padre Coudrin no pide menos a los hermanos y hermanas de la congregación con respecto a la madre Henriette. Si percibe que alguien en el ejercicio de sus funciones o en las relaciones fraternales no es tan atento con la madre Henriette, el padre Coudrin sin dudarlo le recuerda el papel y la importancia de su presencia para la comunidad. Así, cuando el joven superior de la casa madre de

---

<sup>60</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Mère Henriette Aymer” (s.l., 6 août 1822), LEBP 770 en *Correspondance (1821-1824)*, Vol. 5, Maison Générale, Rome 1998, 144.

<sup>61</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Gabriel de la Barre” (Mende, 20 octobre 1803), LEBP 135 en *Correspondance (1784-1804)*, Vol. 1, Maison Générale, Rome 1994, 360-361.

Picpus, el padre Raphaël Bonamie, cree poder prescindir de la opinión de la madre Henriette para decisiones que afectan al conjunto de las comunidades y a la salud del cuerpo entero, el padre Coudrin le hace la siguiente amonestación:

“Al ir envejeciendo, mi buen amigo, aprenderá que nunca hay que humillar a todo un cuerpo religioso, aunque haya en él defectos; la Buena Madre tiene los suyos, y ¿quién no los tiene?... Esté seguro, mi querido Raphaël, de que ella es el alma de las dos familias, que su propia vida pende de un hilo, que ella es demasiado mayor y usted demasiado joven para quitar la raíz al tronco, porque las ramas pronto se quedarían sin vigor para producir frutos”.<sup>62</sup>

Desde esta relación madurada en la fe y la responsabilidad compartida, el padre Coudrin y la madre Henriette animan a los miembros de la congregación a vivir su vocación y misión en la comunión fraterna. Esta comunión se alimenta diariamente al pie del Santísimo Sacramento, especialmente en la contemplación del amor crucificado del Señor, de su Corazón traspasado. Por lo mismo, sus miembros extraen los recursos de que se dispone en la fe para fortalecer los vínculos de fraternidad, mientras que en la época postrevolucionaria se preconiza la filantropía como uno de los “valores-faro” para cimentar una nueva forma de sociedad. La importancia de la comunión, siempre por recibir y construir, para la misión se ha vuelto cada vez más central en el

---

<sup>62</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre au Père Raphaël Bonamie” (Archevêché de Rouen, 27 janvier 1829), LEBP 1460 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 225-226.

padre Coudrin a medida que se acerca a su muerte. Sus últimos mensajes apuntan sobre todo a reforzar la comunión entre los diferentes miembros de la congregación. Teme que no se amen lo suficiente para hacer creíble y palpable el amor de Dios.

En una de sus últimas cartas a la superiora de la comunidad de Coussay-les-Bois, que es sobrina suya, el padre Coudrin entrega su testamento espiritual que recoge la memoria de la madre Henriette en lo que concierne a la fraternidad religiosa y al espíritu de familia que han vivido y recomendado juntos:

“Tengan paciencia unas y otras. Con el tiempo, no les faltará nada esencial. Cuide bien de todas y de cada una en particular.

Estén siempre todas muy unidas. Tengan un solo corazón y una sola alma. Todas ustedes, hijas de la Buena Madre, tengan el coraje y la fe de ella y yo respondo de la felicidad que es posible tener aquí abajo.

Recordemos solamente que estamos entregados a los Sagrados Corazones de Jesús y de María y que a esta preciada profesión están indudablemente unidas dulces y sanas amarguras, inseparables de

nuestra vocación. Frecuentar los sacramentos, sobre todo la Santa Eucaristía, nos da gracias indecibles para cumplir todos nuestros deberes”.<sup>63</sup>

### **Misteriosamente fecundos**

Así es cómo Henriette y Marie-Joseph viven su fecundidad espiritual en el servicio complementario de maternidad y paternidad con respecto a su familia religiosa. Una fecundidad activa en el ejercicio concreto de animación y apoyo de los hermanos y hermanas cuya carga comparten. Y, sobre todo, una fecundidad basada en una confianza inquebrantable en la acción providencial de Dios que los sostiene a ellos mismos, guía a la congregación y los impulsa a servir a la Iglesia con libertad dispuestos a correr, si es necesario a costa de su vida, todos los riesgos para el anuncio del Evangelio. En resumen, la madre Henriette y el padre Coudrin nos ofrecen un hermoso testimonio de lo que se entiende hoy por ser *“misteriosamente fecundos para la Iglesia”*.

“Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (EG, 280).

---

<sup>63</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Eudoxie Coudrin” (s.l., 17 juillet 1835), LEBP 2038 en *Addenda à Correspondance (1831-1837)*, Vol. 8, Maison Générale, Rome 2000, 12.

Esta forma de ser Iglesia, en la que caminan juntos hermanas, hermanos y laicos, en diálogo con las circunstancias de su tiempo, buscando discernir la acción de Dios y del Espíritu de Jesús y secundarla, son rasgos que podrían muy bien dibujar una de las figuras de futuro para una Iglesia enteramente sinodal. De hecho, las Constituciones de la congregación subrayan que la vocación religiosa, como hermanos y hermanas, se recibe, se renueva y se vive en la comunión con el pueblo de Dios. En efecto, el primer número de las Constituciones, en el capítulo común a los hermanos y hermanas y el último número de las Constituciones de los hermanos, nos recuerdan que la congregación sólo existe por y para el servicio de la Iglesia y de su misión.

**1.** “En la comunión de la Iglesia, pueblo de Dios, la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar es una Congregación religiosa apostólica de derecho pontificio, fundada por Pierre Coudrin y Henriette Aymer de la Chevalerie. Hermanos y hermanas, unidos en un mismo carisma y una misma misión, constituyen una sola Congregación aprobada como tal por el papa Pío VII en 1817.

**153.2** Junto con todo el pueblo de Dios somos peregrinos. Nuestras Constituciones y Estatutos expresan las convicciones, aspiraciones y posibilidades concretas que tenemos en este momento de nuestro caminar.



En la igualdad y responsabilidad compartida, deseamos avanzar hacia la plena comunión entre nosotros, con nuestras hermanas y con todos los laicos cristianos”.

Hermanos, hermanas y laicos que comparten la misma espiritualidad y misión a través de los lazos que se tejen entre ellos, pueden contribuir a este trabajo permanente de enriquecer el tejido eclesial, de ofrecer formas de vida con sabor a Evangelio, cada vez más fraternas y solidarias con los abandonados a su suerte. Haciendo “camino juntos”, la congregación, las comunidades cristianas, los hombres y mujeres amados por Dios, pueden contribuir a concretar el sueño de fraternidad y amistad social manifestado por el papa Francisco:

“Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos”.

*(Fratelli tutti, 8)*

Fraternidad vivida diariamente por hombres y mujeres que se saben frágiles, vulnerables y, al mismo tiempo, conscientes del mal que pueden infligir a los demás, a veces incluso en nombre de Dios. Hermanos y hermanas, atentos a los gritos de los pobres y del planeta, que buscan con otros inventar modos de vivir juntos marcados por el respeto a los demás y a su plena humanización, por la sobriedad de su estilo de vida, por el sentido de compartir los bienes, por la

responsabilidad que incumbe a todos del cuidado de nuestra casa común. En resumen, somos hermanos, hermanas y laicos, frágiles nosotros mismos, pero más atentos a los más vulnerables y también más conscientes y más responsables de nuestro planeta. El Señor Jesús repara a los que ama; los acoge en sus fracturas, cura también sus heridas. A su vez, los que son amados así por Dios se hacen más disponibles para secundar y proseguir la acción reparadora de Jesús en toda persona, en toda la sociedad y en el conjunto de la creación.

Para asociarnos a esta acción a la manera de Jesús, los que vemos en los bordes de nuestras calles nos interpelan en su nombre: ponernos en su lugar, sentir con ellos y como ellos nuestra impotencia y su espera de alguien que los mire y se haga cargo de ellos. Viendo esto, a pesar de su “transparencia”, podremos tomar con ellos caminos de misericordia inéditos. Como hermanos y hermanas, frágiles también nosotros y necesitados de la misericordia de los demás y de Dios, nos acercaremos a los hombres y mujeres y al Señor que nos ama y pone de pie a la humanidad gracias a nuestra cercanía en palabra y en acto. Sólo entonces podremos llegar a ser hermanos y hermanas, buenos samaritanos de los que habla el papa Francisco, como reparadores de vínculos de fraternidad y constructores de paz y amistad social:

“Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos. Como el viajero ocasional de nuestra historia, sólo

falta el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído”.

*(Fratelli tutti, 77)*

Tomando este camino, como hermanos y hermanas renovados por esta dinámica de reparación como María al pie de la Cruz, asociados a este acto de reparación que brota del Corazón traspasado de Jesús, podremos colaborar con tantos otros hermanos y hermanas en humanidad para “recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y solidaridad” *(Fratelli tutti, 36)*.

## **VI.**

### **LA FELICIDAD DE LOS PEREGRINOS HACIA LA PATRIA**

En la espiritualidad vivida por el padre Coudrin y la madre Henriette el criterio según el cual, pase lo que pase y a pesar de las debilidades humanas, Dios realiza su obra de creación y de reparación para su gloria, es el que orienta sus opciones apostólicas y les ayuda a afrontar los obstáculos y los límites que surgen en el camino. Se ven como peregrinos por los caminos de la historia hacia la patria definitiva, al encuentro en la comunión con Dios y con todos los santos. Esta es la certeza luminosa que ilumina el presente y de la que ya tienen un anticipo.

“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él” (Col 3, 3-4).

Su participación en la muerte y resurrección de Cristo es la tierra fértil donde sus vidas han echado raíces, sobre la que construyen la comunidad y con la que alimentan su impulso apostólico. Esta luminosa certeza ha impregnado su personalidad hasta el punto de convertirse en una clave de lectura teológica para el tiempo presente; hay que aprovechar las ocasiones y las oportunidades para continuar la obra de Dios y renovarse en las pruebas que hay que pasar: la salud

precaria (la suya y la de aquellos de los que son responsables), el abandono o incluso la muerte de los miembros de la congregación y, en otra escala, las vicisitudes de los acontecimientos sociales así como los desgarros del tejido eclesial. Todos estos hechos vividos en su historia personal les influyen en la conducción de la congregación. La acción incansable de Dios en el corazón de la historia hacia su cumplimiento se convierte en el criterio para identificar y discernir cómo colaborar en esta acción o, al menos, no obstaculizarla.

Cuanto más se enfrenta la comunidad a tensiones agotadoras, tanto más convencidos están los fundadores de que la congregación está al servicio de la obra de Dios. El Señor la conduce como de la mano desde su fundación. Para familiarizarse con los tiempos y criterios de Dios, el padre Coudrin y la madre Henriette mantienen una comunicación constante entre ellos y con las comunidades sobre la vida de los hermanos y hermanas, de las Iglesias locales y sobre los acontecimientos del país. Después evalúan estas situaciones e invitan a todos a hacer lo mismo en la contemplación del Corazón de Jesús, de su amor filial y confiado en Dios Padre y de su amor fraterno reparador infinito. Ahí maduran los criterios que orientan su vida personal y las opciones de la congregación.

### **Unidos unos a otros en Cristo**

El padre Coudrin nos ofrece una buena relectura de su propia vida reconociendo como una constante el hilo que une los acontecimientos de su vida con la acción de Dios y su

amor fiel y providente. Se da cuenta de que, desde su infancia hasta la fundación y el crecimiento de la congregación, pasando por los años de ministerio clandestino en Coussay-les-Bois y sus dos peregrinaciones a Roma, e incluso su participación en el cónclave donde fue elegido el papa Pío VIII, todo es recibido y percibido por él como una bendición de Dios. Resume esta confesión de fe en una memoria agradecida por todo lo que Dios ha hecho en él y la comparte con sor Françoise de Viart, que ha sucedido a la Buena Madre como superiora general:

“¡Pobre cabaña de Coussay-les-Bois! Si Dios no eligiera para sus obras lo más pequeño que existe, nunca habría sido posible que hubiera salido algo...”<sup>64</sup>

Es una confesión de fe en primera persona, cuya piedra angular es la pequeñez de los orígenes y la gran misericordia de Dios que, a partir de pequeños granos, hace crecer árboles generosos. La dinámica del advenimiento del Reino de Dios y de su crecimiento es lo que el Buen Padre reconoce que actúa en él. En todas estas opciones y caminos llenos de riesgos para su vida, reconoce la mano de Dios que lo ha conducido y sostenido. Inspirado por esta memoria agradecida, el Buen Padre renueva la esperanza que este Dios ha comenzado y forjado en él y a través de él en la congregación. Esto constituirá un don irrevocable para quienes, a su vez, la acogerán y la harán fructificar en las opciones y en las orientaciones de su vida.

---

<sup>64</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Françoise de Viart” (Rouen, 17 mars 1830), LEBP 1550 en *Correspondance(1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 321.

Esta apertura a este Dios encuentra un eco profundo en la madre Henriette. A través de su experiencia, también ella se descubre captada por Dios que le ha dado todo y que, para hacer fructificar este don en ella y en los demás, la llama a hacer el don de toda su vida. Volvemos a encontrar aquí la misma dinámica del advenimiento del Reino en ella y en la congregación: "En verdad les digo: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda-tierra por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno ahora al presente: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones y en el mundo venidero, vida eterna". (Mc 10, 29-30) La entrega de la vida "a causa de Jesús" dispone a un don aún mayor, la vida del Resucitado que llega al tiempo presente y sostiene el camino de sus discípulos, incluso en las persecuciones y las adversidades.

En la Buena Madre crece así el deseo de ser consumida totalmente por el amor misericordioso de Dios a través del servicio diario a los hermanos y hermanas. En efecto, en uno de sus billetes, la Buena Madre confía al Buen Padre las mociones de Dios que percibe para ella y para la naciente congregación.

"Ya no es sólo la Santísima Virgen quien quiere esta orden, sino que parece haberse convertido en una necesidad para el Corazón de Dios, tan grande es su misericordia para con nosotros".<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, "Billete al Buen Padre" (hacia finales de enero de 1801), LEBM 13 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 54.

En esta intuición la Buena Madre confiesa su esperanza. Es como si viera en los modestos comienzos de la congregación lo que Dios quiere realizar en ella y a través de ella. Por su experiencia y su relectura ante Dios, llega a la osada afirmación de que la congregación de los Corazones de Jesús y de María es necesaria en la medida en que testimonia la acción misericordiosa de Dios. Henriette y la congregación entran en esta dinámica de realización estando disponibles y siendo dóciles, según el tiempo y las modalidades, para dejarse perfeccionar por la misericordia de Dios. Es la acción de un Dios que ama y suscita interlocutores mediante un diálogo de amor y colaboradores para su obra de reparación. El lugar privilegiado para entrar en armonía con la acción misericordiosa de Dios es la oración de unos por otros. Esta oración es una luz que permite a todos permanecer despiertos y atentos para reconocer la acción de Dios en cada uno y ayudarse mutuamente para colaborar en su realización. Con la fina sensibilidad espiritual y el sentido pedagógico que la caracterizan, la joven Henriette describe a una hermana de la Sociedad exterior del Sagrado Corazón de entonces, cuáles deben ser los rasgos distintivos de una existencia que se deja modelar y realizar por la gracia de Dios, con el apoyo de la oración de unos por otros:

“Rece, mi buena hermana, para que nos conceda la gracia relativa a nuestra situación: a usted la de la elección, a mí la de la perseverancia en un estado donde todo es muerte para la naturaleza, abnegación de sí misma, deseo de sufrimiento o, mejor aún, necesidad de sufrimientos; en fin, en un estado donde



la vida no debe ser otra cosa que un holocausto perpetuo de todo nuestro ser a Dios y a Dios sólo”.<sup>66</sup>

Esta manera de entender la acción de la gracia puede chocar con nuestra sensibilidad teológica en el sentido de que la visión de la Buena Madre queda marcada por cierto pesimismo sobre las posibilidades de la naturaleza humana, como si para permitir la acción de la gracia sobrenatural fuera preciso despejar el camino suprimiendo la naturaleza. Dicho esto, aunque ella haya subrayado el primado de la gracia, ésta ópera siempre en una naturaleza purificada, transformada, incluso capaz de dar rostro humano a la profundidad del amor de Dios. Para estar disponible a la acción de la gracia, siempre hay que librar un combate contra las tendencias y los impulsos de violencia y muerte que habitan el corazón humano, pero ese mismo corazón es capaz de amar hasta el final, a pesar de la violencia, como lo manifiesta el Corazón traspasado de Jesús. En la citada carta llamamos la atención sobre la visión prospectiva de la Buena Madre de una vida perfeccionada por la primacía de la gracia, una vida contemplada a partir de lo que está llamada a ser y a partir de su cumplimiento en Dios y por Dios. Pero se trata de un camino que hay que recorrer desde ahora, una gracia que hay que poner en práctica, con el concurso de todos, mediante un acompañamiento mutuo en las opciones y formas de vida que la traducen y la consolidan.

---

<sup>66</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a una hermana de la Sociedad exterior” (Poitiers, 1799), LEBM 5 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 36-37.

Esta gracia del amor de Dios, por su dinámica de diálogo, supone la colaboración de todos para cumplir su voluntad. El papel de la comunidad de hermanos, hermanas y laicos asociados a la congregación es ser la mediación visible en el cuerpo comunitario, según las intuiciones espirituales de los fundadores. En efecto, la gracia que Dios ofrece a los fundadores comporta una dinámica de participación y de entrega a quienes quieren recibirla. Las visiones que inspiran a nuestros fundadores para hacer amar el Evangelio suscitan el atractivo y despiertan el deseo de manifestarlo en una forma de vida común. En otras palabras, las gracias recibidas por los fundadores se multiplican a través de los vínculos creados entre los miembros de la congregación por la profesión de los votos. Son lazos anudados por el amor inquebrantable del Señor que llama a cada uno y a cada una por su nombre y que maduran en la vida de la comunidad. La profesión religiosa de los votos inaugura un proceso, que dura toda la vida, de configuración con el Señor Jesús, de convertirse por Él en miembros los unos de los otros. Este impulso se nutre durante el tiempo que cada uno o cada una pasa a los pies del Señor en la adoración eucarística. En este tiempo se vive como un anticipo, desde ahora, del encuentro más profundo que darse pueda con el Señor y con sus hermanos y hermanas. Esto es lo que recuerda la madre Henriette a sor Gabriel de la Barre:

“A 100 leguas como a diez mil, nunca estaremos lejos: los lazos que nos unen no conocen distancias; el corazón las supera todas y quizás, un día estemos todos juntos allí arriba; rece, mi buena [Hermana],

para que yo pueda llegar allí, pero cuando llegue mi hora pues no quisiera apresurarla».67

### **El voto más esencial y la alabanza a Dios**

Es Dios quien ha tenido a bien asociar al padre Coudrin, a la madre Henriette y a los miembros de la congregación a su acción salvífica en favor de cada hermano, de cada hermana, de cada persona y del mundo entero. La mejor respuesta para asociarnos a esta iniciativa de Dios, manifestada en los corazones de Jesús y de María, es volvernos disponibles y colaborar en ella con toda nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra humildad para sanar nuestras heridas mediante la acción reparadora de Jesús hacia nuestros hermanos. Por este motivo es por el que la congregación sería, según la Buena Madre, “necesaria para el Corazón de Dios”. Esta dinámica la resume el Buen Padre en lo que él llama “el voto más esencial”, es decir, lo que unifica la donación de sí en el voto de castidad, pobreza y obediencia y lo abre a su dimensión escatológica, para siempre: como consagrados a los Corazones de Jesús y de María, los hermanos y las hermanas de la congregación “faltarán a su voto más esencial desde el momento en que quieran vivir solo para sí y no trabajar por la salvación de sus hermanos”.68

---

<sup>67</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Gabriel de la Barre” (Mende, diciembre 1802), LEBM 100 en *Correspondencia*, Vol. 1, Casa General (Hermanas), Roma 2015, 217.

<sup>68</sup> “Mémoire du Bon Père sur le titre des zélateurs adressé à la Sacrée Congrégation des Évêques et des Réguliers” (6 décembre 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Rome 1963, 221.

La colaboración en la acción de Dios es el voto más esencial para cada hermano y cada hermana. Por tanto, cada hermano, cada hermana, está llamado a reconocerse como una obra de Dios, es decir, a entrar en la vida de Dios que se manifiesta como donación de amor sin límites en Cristo y la acción de su Espíritu sigue suscitando la misma dinámica en otros. Los laicos se asocian también a través de la forma de vida que les es propia. Diariamente se verifican los signos de esta acción de Dios a nivel de la comunidad local y de la diversidad de los ministerios y servicios.

En su correspondencia, el padre Coudrin recuerda sin cesar a los hermanos y hermanas que Dios lleva a cabo su obra contando con la buena disposición de todos, con su capacidad de ayuda recíproca y una caridad mutua firme y generosa. Haciendo esto, encontramos la fuente de una felicidad fuerte y serena. El padre Coudrin escribe a sor Alix Guyot, superiora de la comunidad de Mortagne, que estamos juntos a causa del Señor y servirle es indisoluble del servicio a los hermanos y hermanas. En otras palabras, el Buen Padre exhorta a traducir de modo creativo lo que quiere decir concretamente el voto más esencial. Las dificultades en el seno de la comunidad y las contrariedades que se interponen pueden afrontarse mejor teniendo presente que, todo esfuerzo hecho aquí abajo conduce hacia el Cielo. Esta referencia al encuentro último en la comunión con el Señor y los santos se convierte en fuente de creatividad y de paciencia para la travesía del tiempo presente.

“Trabajen, pues, unas y otras para servir bien y adorar bien a tan buen Maestro. Si están felices de ser

sus hijas, yo también lo estoy de su felicidad. Dígaselo a sus buenas compañeras, a estas queridas hijas de su divino Corazón. Que se amen entre sí, que se acojan con sus dolencias en la caridad que destierra el temor. Que todas sus acciones se hagan para ganar el Cielo”.<sup>69</sup>

Después, en la misma carta, el padre Coudrin resume los votos como camino a recorrer con las hermanas de la comunidad para experimentar *hic et nunc* un anticipo de la promesa del Señor: el Esposo que abrirá a los suyos las puertas del Cielo.

“Que piensen bien que no han entrado en religión sino para morir a ellas mismas; que sean ángeles para obedecer prontamente, vírgenes para seguir al Cordero y desprendidas de todo para no tener nada de peso cuando el Esposo abra la puerta del Cielo”.<sup>70</sup>

Es muy impresionante ver la insistencia de nuestros fundadores en hacer avanzar a los hijos e hijas del divino Corazón de Jesús por el camino del Señor. También ellos deben pasar por muertes sucesivas y constantes a ellos mismos. Sin este paso por la muerte no hay posibilidades de experimentar desde ahora el potencial transformador de la resurrección. Los hijos e hijas de la Cruz son también los hijos y las hijas

---

<sup>69</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Alix Guyot” (s.l., 1827 ou 1828), LEBP 1309 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 93.

<sup>70</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Alix Guyot” (s.l., 1827 ou 1828), LEBP 1309 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 93.

de la resurrección que no tienen miedo de morir a sí mismos, asumiendo totalmente la lógica de la vida de Jesús, perdiendo la propia vida por su nombre, pero para recibirla de Él como resucitados.

### **Encaminado hacia la patria definitiva**

A medida que el padre Coudrin envejece, se crea inevitablemente una distancia entre su generación y una generación completamente nueva que llega entonces a la congregación. Se encuentra así atrapado entre la nostalgia del fervor de los primeros años de la congregación y la dificultad de gestionar las diferentes sensibilidades de los últimos llegados. El padre Coudrin debe, una vez más, aceptar una nueva muerte a sí mismo, despojarse de sus expectativas, por legítimas que sean, para dar paso a la continuación de la obra de Dios en la comunidad según sus puntos de vista, sus términos y sus plazos. Siente entonces que su visión de la congregación debe ser aún purificada al precio de una cierta decepción con respecto a sus expectativas. Sólo no lo logrará; tiene necesidad de ser sostenido por la oración de los hermanos y hermanas con los que ha caminado a lo largo de los años. La proximidad de la muerte le hace experimentar la necesidad de volverse hacia sus compañeros de la primera hora, en particular a la madre Henriette, a Gabriel de la Barre y a Françoise de Viart, para que lo sostengan en su última aventura: ir al encuentro de su divino Maestro, Jesús. Son estos compañeros los que él siente más capaces de comprender las sombras que surgen en su corazón y de ayudarle, por intercesión de la Virgen, a perseverar hasta el final en su disponibilidad a la obra de Dios. Su oración se

dirige entonces a María y a Jesús para que guarden y protejan a la Buena Madre para el bien y la cohesión del conjunto de la congregación.

“Buena Madre, espero unir mis pobres oraciones a las tuyas para implorar el socorro de Ntra. Sra. de la Paz. Quiera Ntro. Señor, quiera esta Buena Madre, conservarla en paz y darnos la inmensa felicidad de dejarla entre nosotros como ángel tutelar”.<sup>71</sup>

En su última carta escrita a sor Gabriel de la Barre, el padre Coudrin le comunica los sentimientos que afligen su corazón. Cuanto más crecen en él los sentimientos de soledad, de cierta inutilidad después de tantos sacrificios, de alejamiento con respecto a las nuevas generaciones, tanto más siente un ardiente deseo de Dios, de ir al encuentro definitivo con el Señor en el cielo. Es una última confesión de esperanza en Dios para que, por fin, sea sólo Él quien realice su obra en sí mismo y en la congregación.

“¡Nosotros, pobres ancianos, somos muy diferentes de toda esta juventud que nos ha llegado desde nuestros primeros sacrificios! ¡¡¡Me sentiría bien recompensado, se lo confieso mi querida hija, si pudiera encontrarme, como antes, con personas que piensan como nosotros pensamos, que viven como nosotros vivimos y que mueren como nosotros morimos!!!

---

<sup>71</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Mère Henriette Aymer” (Buchy, 8 juillet 1828), LEBP 1385 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 157.

Finalmente, me encuentro solo en medio de tanta gente que me repliego con mis amigos, mis hermanos; estoy todavía muy solo y a veces muy triste. El Cielo debe ser, pues, muy deseable para nosotros ya que nada nos alegra”.<sup>72</sup>

### **Extraña felicidad**

Este dolor o mejor aún esta creciente nostalgia del cielo, lleva consigo una especie de desprendimiento de sí mismo que le permite centrarse aún más en el divino Corazón de Jesús. Entonces es Él, en verdad, quien ama a sus hermanos y hermanas a través de su persona. Amarlos simplemente, a pesar de sus miedos y decepciones, aceptando en el abandono a Dios no saber si en el futuro los miembros de la congregación sabrán amarse. Es Dios quien ha iniciado esta obra, es Él quien la ha entregado para que sea siempre Él, con el consentimiento de los miembros de la congregación, quien la sostenga en su camino y la conduzca a su cumplimiento. Este último acto de fe en la acción de Dios se traduce, en el Buen Padre, en una esperanza operante por una forma sencilla, directa de amar a los hermanos y hermanas. Amando así, experimenta una extraña felicidad; quiere que los y las que le van a sobrevivir sigan también este mismo camino exigente de felicidad. Estas son las indicaciones de futuro que deja a sus hermanos y hermanas para proseguir el camino:

---

<sup>72</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Gabriel de la Barre” (Rouen, 5 janvier 1828), LEBP 1315 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Maison Générale, Rome 2000, 98.



“No se desanimen nunca, mis queridos hijos. Un día más y nuestros males acabarán. Un poco más de un día y, desde nuestras hermanas mayores Claire y Donatienne hasta la más joven de ustedes, verán a Dios. Les digo, queridas hijas: Gusten, gusten a Dios en el viaje de la vida. Sólo Él es bueno. Su voluntad es la única buena. Fuera de su corazón, todo es amargura. Díganse a todas; díganse incluso a mi hermano y a sus amigos. Lo siento por mí mismo. Todo es nada, excepto amar a Dios. Vivamos, pues, por él solo y muramos del deseo de agradarle. Esa es la verdadera felicidad”.<sup>73</sup>

La brújula para no perderse por el camino de la búsqueda de Dios es siempre el Corazón de Jesús. Allí es donde aprende siempre y de nuevo que la única vocación a la que Dios no cesa de llamar es la de amarlo, amando a sus hermanos y hermanas. Los sedientos de Dios pueden verdaderamente saciar su sed en el Corazón de Jesús; allí, con los sentimientos de Jesús, se puede encontrar el amor incondicional de Dios Padre y gustar así una felicidad definitiva.

A su vez, también la madre Henriette se deja modelar por esta sabiduría que brota de la contemplación amorosa del Corazón crucificado de Jesús. Descubre entonces quién es realmente ella y cuán preciosa era y sigue siendo a los ojos de Jesús que la ama y se ha entregado por ella. A la luz de

---

<sup>73</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre aux Sœurs de la maison de Mans” (Buchy, 8 juillet 1828), LEBP 1386 en *Correspondance (1827-1830)*, Vol. 7, Rome Maison Générale, 2000, 158-159.

este amor sin medida Henriette deshace las falsas ideas que se pueden tener o hacerse sobre uno mismo y descubre la gracia oculta en las alegrías, pero también en las desilusiones personales o incluso en los proyectos fracasados. Este es el camino que ha recorrido y que invita a otros a seguir para vivir ante el Señor, incluso en la desilusión y el desánimo, como lugar de maduración de su gracia:

“Siento mucho no haber podido contestar a su carta, mi buena hermana, pues desearía mucho poder ayudarla a llevar la cruz que el buen Dios le envía; pero ¿quién soy yo para esto? Si el sincero interés que tengo por sus penas puede contribuir a aliviarlas, puede contar con él, así como con la intención que tengo de rezar por usted. Me gusta verla un poco desalentada según el buen Dios: le hará bien. Cuando se está a los pies del Señor, uno se cree preparado para sufrirlo todo; pero cuando la ocasión se presenta, uno se encuentra débil y esto es una gracia que el buen Dios nos hace, la gracia de ponernos en situación de comprender lo que somos. ¡Un poco de valor, mi buena hermana! ¡Pida al Divino Corazón que la sostenga! Él solo puede y quiere todo para usted. De todo corazón deseo que sea toda de Él”.<sup>74</sup>

La gracia que la madre Henriette desea a esta hermana pasa por un camino de descentramiento y de despojo de sus falsas seguridades para volver a centrarse cada vez más en

---

<sup>74</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, “Carta a sor Justine Charret” (s.l., s.d.), LEBM 1512 en *Correspondencia*, Vol. 7, Casa General (Hermanas), Roma 2018, 287.

Dios y así pertenecerle más completamente sin división. Este es el estrecho camino de la felicidad “según el buen Dios” que traza la madre Henriette, camino que ella misma emprendió resueltamente a lo largo de su vida.

En el padre Coudrin, el sentimiento de nostalgia de Dios crece y se reaviva a medida que se acerca a la muerte. Releyendo su vida y trayendo a su memoria agradecida los años de ministerio en Coussay-les-Bois y en la Motte d'Usseau, tiene un anticipo de lo que esperaba. Este tiempo ha sido realmente un gran punto de inflexión en su vida. Lo ha vuelto a ver muchas veces a lo largo de su vida para sacar de allí algo último, definitivo, que espera recibir todavía del Señor. Allí experimentó algo decisivo que le ha permitido asumir los riesgos y las incertidumbres de su ministerio pastoral, a saber, que el centro de su vida no era él, ni sus proyectos, ni sus plazos por urgentes que hubieran sido, sino Dios y su obra. Lo único que podía hacer entonces era estar disponible para esa acción. Como siempre ha percibido esta acción como una gracia que lo visitaba en momentos diferentes de su vida, entonces la mejor disposición del corazón es la sencillez para acogerla y la generosidad para responder a ella con el don de sí mismo a los demás, todo ello por amor a Jesús. Esto es lo que ha aprendido tomando sobre sí el yugo del Corazón traspasado de Jesús. Fortalecido con esta esperanza, el padre Coudrin formula así el único deseo que lo habita y que desea como eje unificador de todos los deseos y compromisos de los hermanos y hermanas de la congregación:

“Usted es demasiado buena, mi muy querida hija mayor, al desearme tan buenas cosas. La mejor de todas, para usted como para todos nuestros hijos y para mí, es el axioma de la Motte d’Usseau y de Coussay-les-Bois: el Paraíso al final de nuestros días”.<sup>75</sup>

Los momentos pasados en Coussay-les-Bois y en la Motte, donde ha percibido y reconocido con una nitidez indeleble la acción de Dios, le ofrecen una clave de lectura para reconocer esta acción siempre presente. Esto ayudará a sus hermanos y hermanas a reconocerla a su vez y a confesarla siempre en acción, dondequiera que acepten los riesgos y las alegrías en nombre del Evangelio. Esta acción de Dios reaviva en él la sed de Dios y atrae hacia esta fuente inagotable de esperanza a todos aquellos y aquellas que se entregan a ella y se abandonan en ella, para que “Dios sea todo en todos” (1 Co 15,28).

---

<sup>75</sup> Marie-Joseph Coudrin, “Lettre à Sœur Françoise de Viart” (s.l., 6 décembre 1826), LEBP 1189 en *Correspondance (1824-1827)*, Vol. 6, Maison Générale, Rome 1999, 334.

## **VII.**

### **EL FUTURO DE LA OBRA DE DIOS: UN DISCERNIMIENTO A PROSEGUIR**

La madre Henriette y el padre Marie-Joseph esperan que la comunidad que han fundado juntos y acompañado en su crecimiento continuará siendo útil a la Iglesia. Lo será insertándose en la dinámica esencial de la Iglesia, a saber, la evangelización mediante el anuncio del amor de Dios Padre manifestado en los Corazones de Jesús y de María. Es un proceso permanente que toma la forma de un discernimiento apostólico para reconocer, a la luz del Evangelio, las interrelaciones en los acontecimientos de la historia, el encuentro con las diferentes personas y el diálogo con las distintas religiones y culturas. Los fundadores han seguido este proceso según los criterios que descubren en el diálogo que mantienen con el Señor Jesús y con su Madre, dejándose afectar por los acontecimientos de su tiempo. Saben también mantener despiertos a los miembros de la congregación -hermanos, hermanas y laicos- a la acción de Dios que prosigue su obra de amor y de reparación en la vida de cada uno, en las vicisitudes y a menudo en las contradicciones que se dan en la historia. Es una aventura espiritual arriesgada, porque requiere el compromiso de la libertad de cada uno y la búsqueda continua con todos los miembros de la congregación para encontrar formas de vida creíbles y atractivas que hagan amar el Evangelio. Aventura arriesgada,

pero no temeraria, porque es Dios quien conducía y conduce aún “como de la mano” su obra en la Iglesia y en la creación a través de su amor providente. El futuro de la congregación es siempre un don que hay que recibir de Dios. El discernimiento apostólico es un modo de salir al encuentro del Dios que viene a unirse a nuestros pasos; nos anima a seguir adelante hacia Él, sin miedo, yendo al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Para acoger las iniciativas de Dios y secundarlas, los fundadores se sitúan en la escuela de los Corazones de Jesús y de María. Los sentimientos, las actitudes y las opciones del Corazón filial y obediente de Jesús y del Corazón de discípula de María son los que los guían en este discernimiento. Saben traducir para su tiempo la consagración a los Sagrados Corazones en una forma de vida común apostólica al servicio de la obra de Dios, para cada persona, cada cultura, para la Iglesia y el conjunto de la creación. Proseguir este servicio de colaboración con la obra de Dios requiere una atención y una disponibilidad constantes por parte de los miembros de la congregación. Dios continúa su obra en cada uno de los miembros de la congregación; cuenta con todos para discernirla y secundarla. Hermanos, hermanas y laicos, como miembros de un solo cuerpo, están todos llamados a contribuir a este discernimiento con el cuidado de su vida espiritual, su solicitud por la fraternidad, la gratuidad de su amor por los más débiles, su inserción vigilante y creativa en su tiempo como un testimonio ofrecido al Dios que camina con ellos.

Hoy más que nunca, estamos llamados a proseguir este discernimiento de la acción de Dios que nos precede, nos sostiene y nos espera. Hermanos, hermanas y laicos, nos ponemos a la escucha de lo que el Espíritu de Jesús está diciendo a las iglesias y al mundo.

El discernimiento apostólico hecho por nuestros fundadores era ya en su misma realización una confesión de esperanza. Es la esperanza de Dios que no abandona su obra y viene a decirnos que todo esfuerzo y todo sacrificio hecho en su nombre no es inútil, aunque los frutos no se vean o pudieran ser mejores. El Señor continúa su obra en la aventura espiritual de los hermanos y hermanas que se ponen a su servicio, en el amor concreto de los hombres y de las mujeres con los que caminan. Es poner de nuevo en el centro la esperanza en el Señor, permanecer abierto a su encuentro a menudo sorprendente, sobre todo con sentimientos de fracaso o de impotencia que pueden invadir nuestro corazón. Nuestro futuro lo recibimos de él, un futuro que supera toda expectativa y todo concepto, que se manifiesta en las llagas luminosas de su cuerpo resucitado.

Los fundadores han sabido releer su propio itinerario, la historia de su tiempo, el caminar de la Iglesia y la vida de la congregación a la luz del Dios que no cesa de salir a su encuentro. Saben que el futuro de la congregación está ya en las manos de Dios y que hay que disponerse a recibirlo y a colaborar a su venida. Según los fundadores, el nombre de celadores/adoradores del amor de los Sagrados Corazones recuerda a todos los miembros de la congregación que todo proyecto, todo compromiso es ya una respuesta a un amor

que nunca tendrá fin porque es inagotable y vivo. Ante este horizonte, se pueden celebrar con generosidad los crecimientos y los éxitos, asumir con valentía y confianza nuestras propias fragilidades y nuestros fracasos, correr los riesgos de nuevas aventuras misioneras, a pesar de la precariedad de los medios y la disminución de efectivos. Desde esta perspectiva es desde la que se puede reconocer el amor providente de Dios que acompaña a los miembros de la congregación en los tiempos más difíciles. Esta clave de lectura del amor de Dios, manifestada en los Corazones de Jesús y de María y proyectada en su tiempo en el amor concreto entre hermanos, hermanas y laicos, les permite mirar la realidad en armonía con la mirada de Dios: saben, pues, aprovechar las ocasiones favorables de la historia; encontrar fuerzas en sí mismos en los tiempos de desolación; hallar la alegría para vivir en paz tiempos difíciles y descubrir recursos inesperados donde a menudo faltan; releer y discernir el presente a la luz del futuro de este Dios que se une a nosotros en el Resucitado y en la intercesión maternal de María.

En un libro escrito con ocasión de los 100 años de la comunidad de Montgeron (1920-2020) en Francia, Gabriel Phalip scc, recoge esta memoria agradecida de la acción de Dios. Nos la hace saborear a través de figuras excepcionales como la de su iniciador, el padre Paul Marie Julliotte (1867-1956). La figura de Damián lo había inspirado para dar su vida como misionero. Los primeros años de su ministerio en la congregación los vivirá en Molokai; luego su misión continuará en París en la capilla de Santa Cecilia convertida posteriormente en la parroquia de San Gabriel; por último,



formando parte del grupo fundador de la misión de la congregación en Hainan, en China, donde servirá durante más de treinta años.<sup>76</sup> Una hermosa aventura que continúa dondequiera que estemos todavía presentes, sobre todo en el servicio parroquial y en la formación de los jóvenes. Esta relectura sienta las bases para contemplar con confianza y audacia el futuro de la obra de Dios.

También en el 2020 la provincia de Alemania ha celebrado sus 100 años de existencia, aunque desde mucho antes numerosos hermanos y hermanas alemanes han entrado en la congregación. Manfred Kollig sscC aprovecha esta ocasión para releer de nuevo esta historia desde una perspectiva de esperanza. Para hacerlo, propone como criterios de lectura: “La eternidad es más importante que el tiempo”.<sup>77</sup> Este criterio recuerda que Dios, que ha acompañado la presencia y la misión de la congregación en Alemania sigue saliendo a nuestro encuentro. Hay proyectos prometedores, como la apertura de una comunidad internacional en Berlín. Pero, sobre todo, lo que hace visible esta espera del Señor que viene es la disponibilidad diaria de los hermanos, de los laicos, hombres y mujeres, a su acción en ellos y en torno a ellos.

---

<sup>76</sup> Gabriel Phalip sscC, *Les Pères de Picpus à Montgeron (1920-2020). Cent ans de présence et de service*, Montgeron 2020, 158 pp.

<sup>77</sup> Se puede leer el discurso que pronunció Manfred Kollig sscC el 3 de octubre de 2020 en Werne en:

<https://arnsteiner-patres.de/nachrichten/hoffnung>

y su traducción en inglés y en español en:

<http://ssccpicpus.blogspot.com/2020/10/100th-anniversary-of-german-province.html>

También en 2023 la provincia de Indonesia celebrará sus 100 años de presencia misionera de la congregación en este país. ¿No es una hermosa oportunidad para dar gracias a Dios por todo lo que hace a través de tantos hermanos, hermanas y laicos y para abrir nuevos frentes o brechas en donde quizás el Señor nos espera todavía?

La obra de Dios se realiza en la resurrección del Señor. Su Espíritu actúa de modo sorprendente y para acogerlo, espera de nosotros una confianza lúcida y una disponibilidad activa como las de María. Ella se ha aventurado por los caminos inéditos, a menudo incomprensibles, del Dios de lo imposible acompañando a su hijo Jesús con sus discípulos. Es Dios quien viene a ella para visitarla y asociarla a su obra; es también una clave de lectura de su vida. La esperanza del Dios que viene y la pone valientemente en camino le hace cantar, a pesar de su pequeñez, las grandes obras que Dios hace en ella.

Por tanto, la invitación es ponernos a todos, hermanos, hermanas y laicos, consagrados a los Corazones de Jesús y de María, en clima de discernimiento apostólico, iluminados por los criterios que han inspirado a nuestros fundadores, para hacernos útiles a la Iglesia y servir a nuestros hermanos y hermanas en humanidad. Que nuestras iniciativas conserven el sentido de la aventura del Evangelio y nos den el anticipo del Eterno que viene a nuestro encuentro por los caminos de nuestro tiempo para realizar así su obra, ciertamente con plazos y a su manera, pero siempre con nosotros.

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>5</b>
<b>I. LA BASE ESPIRITUAL.....</b>	<b>10</b>
La profundidad inagotable del amor de Dios manifestado en los Corazones de Jesús y de María .....	10
Dimensión mariana de la base espiritual .....	15
<b>II. COLABORACIÓN CON LA OBRA DE DIOS.....</b>	<b>20</b>
Discernimiento de la obra de Dios .....	21
Disponibilidad para la obra de Dios .....	23
Pasión por secundar la obra de Dios .....	25
<b>III. EL CELO POR LA OBRA DE DIOS: SER ÚTILES A LA IGLESIA.....</b>	<b>30</b>
Celadores y Adoradores .....	30
Ser útiles a la Iglesia.....	32
<b>IV. LA PARTICIPACIÓN EN EL AMOR REPARADOR DE CRISTO .....</b>	<b>37</b>
El amor providencial de Dios fuente de felicidad en la prueba.....	45

<b>V. UNA FAMILIA DE HERMANOS, DE HERMANAS Y DE LAICOS.....</b>	<b>54</b>
Dios forma su pueblo, su familia.....	54
Aprender a caminar juntos.....	56
Impulso misionero.....	61
Compartir la espiritualidad y la misión con los laicos .....	68
La madre Henriette y el padre Coudrin, acompañantes de la obra de Dios.....	70
Misteriosamente fecundos .....	77
<b>VI. LA FELICIDAD DE LOS PEREGRINOS HACIA LA PATRIA.....</b>	<b>82</b>
Unidos unos a otros en Cristo .....	83
El voto más esencial y la alabanza a Dios.....	89
Encaminado hacia la patria definitiva.....	92
Extraña felicidad.....	94
<b>VII. EL FUTUTO DE LA OBRA DE DIOS: UN DISCERNIMIENTO A PROSEGUIR.....</b>	<b>99</b>



